

EL AÑO LITURGICO

Navidad y Epifanía

Los "Mensajes de Navidad" y los escritos de Epifanía los publicamos precedidos de un manuscrito de sus tiempos de seminarista, en Roma.

A propósito de la actitud de este Obispo en Navidad, nos escribía, el año pasado, una carmelita contemplativa, de Talca, la Hna. Teresa Margarita del Corazón de Jesús, lo siguiente:

"Pero donde desbordaba su corazón y su amor a Cristo era en la fiesta de Navidad. Antes de edificar la Catedral, celebraba casi todos los años la Misa de medianoche en nuestra Capilla; la encontraba muy devota y recogida. Tenía verdadera veneración por el Misterio de Dios que bajaba hasta el hombre, para que el hombre suba hasta Dios".

(Carta aún inédita, que esperamos publicar más adelante).

Intimidad y familiaridad, por un lado; proyección social y universal, por otro: éstas son las dos dimensiones complementarias, que aparecen en estos escritos.

Mirando El árbol de Navidad Pasado de
 nuestra primera Camerata significa todo
 esto, es el alma espíritu, alegría el alma,
 como acciona la Caridad. Habrá ciertamen-
 te en esta noche muchos árboles más bellos
 que el nuestro, no habrá está seguro, uno
 que mas dulces recuerdos evoque, ~~que mas~~
~~profundados frutos produzca,~~ que ~~hace~~ mas
 de abigadora ~~concha~~ de santas afecciones,
 de ~~suavidad~~ ^{santidad} ~~acompañar~~ de risueñas esperanzas,
 hiede a los que ~~esta~~ junto a el nos
 cobijamos.

Y mientras por todo el mundo se celebra
 la fiesta del hogar cristiano, mientras, en
 la Iglesia alborozada canta el comienzo de la
 Redención, mientras el pensamiento vuela a
 través de las mareas hacia los ~~seis~~ ^{seis} ~~seis~~ ^{seis} ~~seis~~ ^{seis}
 affilios no esperan, ~~nosotros~~ ~~acompañar~~ nuestras almas
 de sacerdotes presentes, y futuros

(El árbol) (como obra primorosa de la mano
 de Dios) siempre es bello. Lo esponchos de
 su copa, el verde de sus hojas. la solen-
 ne elegancia de sus ramas ~~se~~ ^{se} elevan sin
 duda el alma sobre las mezquindades de
 la tierra haciendo ~~juanas~~ reflexiones aunque
 sea tan solo por breves instantes, en las incom-
 parables y eternas bellezas del cielo.

Però si el arbol se yegue no junto
a un arroyo, o en medio de los campos,
sino en el centro de una sala a cuyo
alrededor se congrege gozote una familia
celebrando la venida de Jesus Niño,
el arbol no halla tan solo de ~~alimento~~ ^{alimento}
~~sino sobretodo de alegría es alegría pura~~
~~y santa que solo en el centro tiene este~~
~~y aun mas el ^{espíritu} ~~alma~~ sino aun mas lo lle~~
va de esa alegría pura y santa que ~~es~~
Cristo ~~venido~~ y en un día como este, vino hacer
dos mil a traer a la tierra.

y si esa familia que junto al arbol
de Variedad se congrege está ligada por vin-
culos mas fuertes que el hierro y que la
sangre, en el ~~santo~~ ^{santo} lazo de la fraternidad
interces sacerdotal, entonces no son ya
solo frutos de alegría cristiana los que
el arbol produce sino dorados y sabrosos
de ~~una~~ ^{una} sincera Caridad.

se unen a, ante la cuna de Jesus Niño
saboreando esa Caridad fraterna que es
el secreto de ~~la~~ ^{la} paz de Dios que supera
a todo sentimiento y que en una noche como
esta vino Cristo a traer a la tierra a todos
lo hombre de buena voluntad.

MENSAJE DE NAVIDAD
VEN, SEÑOR
(24 - XII - 39)

Quiero por estas líneas enviar a mis queridos diocesanos de Talca mi más afectuoso y paternal saludo de Navidad.

En el día en que el mundo celebra alborozado el nacimiento del Dios-Niño y en que su mensaje de amor resuena en las almas pido al Señor para todos ellos esa paz verdadera que procede del cumplimiento de la justicia y caridad predicada por el Divino Infante de Belén.

La Iglesia en este día canta en su liturgia magnífica diciendo:

“hoy la paz verdadera descendió sobre nosotros del cielo, hoy por todo el universo los cielos destilan miel. Hoy brilló para nosotros el día de la encarnación nueva, de la reparación antigua, de la felicidad eterna. Hoy por todo el universo los cielos destilan miel” (1).

Y sobre los hombres de buena voluntad cae la suave atmósfera de la paz, y el ansia de su orden nuevo germina en sus corazones.

El mundo atraviesa una época en la cual como nunca necesita del mensaje de Jesús. El grito del profeta se escapa de muchos corazones “ven Señor, y no tardes más” (2). Queremos tu reino. El orden nuevo que trajiste en esta noche, es necesario volver a restaurar.

Debemos trabajar todos por ese reinado de amplia justicia y caridad que Cristo trajo a la tierra y que es el significado más hondo de esta fiesta de Navidad.

El más ferviente voto que hago a Dios en este día por mis amados diocesanos, la plegaria más encendida que brota por ellos de mi corazón de Obispo, es que todos unidos en el espíritu de esta fiesta trabajemos por hacer que sobre este mundo convulsionado resuene en su más pura expresión el mensaje de Navidad, la paz de los espíritus, la unión fraternal de las almas, el esfuerzo amado de todos por el bien común.

(1) Oficio antiguo de la Natividad del Señor. Responsorio después de la segunda lección del primer nocturno.

(2) Ap. 22, 20.

MENSAJE DE NAVIDAD
LA PAZ, FRUTO DE LA JUSTICIA
(XII - 1942)

Amados fieles:

La fiesta de la Navidad se aproxima. Nuevamente el mundo cristiano recordará alborozado el gran misterio de Dios hecho hombre que viene a redimir la humanidad. Una vez más también podremos, llenos de emoción, escuchar las palabras del Apóstol recordándonos que "apareció en la tierra la benignidad de Dios" (1).

La Navidad es ante todo una fiesta religiosa y como tal debemos celebrarla. Debemos en ella recordar el sublime misterio que la Iglesia conmemora. Debemos llenarnos de los sentimientos de humildad y caridad que el divino Niño nos muestra. Debemos en especial "preparar los caminos del Hijo de Dios para que, purificados por su venida, podamos servirlo con todo nuestro espíritu" (2).

La celebración de la Navidad debe ser cristiana. No una fiesta mundana, sino la meditación piadosa del hecho más grande que la historia de la humanidad registra: la venida a la tierra del Hijo de Dios. Cristiana debe ser nuestra alegría, cristianos los actos de celebración de la Navidad que realicemos y sobre todo cristianos los sentimientos de nuestro espíritu, acercándonos a recibir, por la Eucaristía, en nuestros corazones a Aquél de cuya venida los cielos y la tierra se regocijan.

Pero de modo especial deseo que un sentimiento impere en vuestros corazones en esta Navidad de 1943; y es el sentimiento de la paz.

Esa paz que Dios prometió en la Nochebuena a todos los hombres de buena voluntad, esa paz fruto de la justicia que al decir del Apóstol "supera a todo sentimiento" (3); no es la paz ficticia del mundo la que debemos anhelar y pedir.

El cristianismo ama la paz y constantemente la predica, pero quiere que esa paz repose sobre sólidos fundamentos para que sea duradera. Y así Nuestro Santo Padre Pío XII en medio de la horrible tragedia de esta hora no ha cesado de exhortarnos a rogar por su advenimiento, como también no ha cesado de recordar los principios sobre los cuales esa justa paz debe establecerse.

Que la purísima alegría de Navidad invada vuestros corazones, que el dulce mensaje de paz llegue hasta vuestras almas, que el sublime misterio de la Encarnación nos recuerde nuestra dignidad cristiana y que el divino Niño de Belén reparta sobre todos vosotros sus abundantes gracias, es el ardiente voto que junto con su bendición os envía en esta Navidad vuestro Obispo.

(1) *Tm.* 3, 4.

(2) Oración del Tiempo de Adviento.

(3) *Cfr. Flm.* 4, 7.

MENSAJE DE NAVIDAD
UNA FIESTA CRISTIANA, LA PAZ
(XII - 1943)

Me dirijo por estas líneas a mis amados fieles, para decirles algunas palabras referentes a la próxima fiesta de Navidad que en breves días más celebraremos.

La Navidad no es fiesta profana, es fiesta religiosa y sagrada que nos recuerda el hecho máximo de la humanidad, el Nacimiento del Hijo de Dios entre los hombres. La benignidad de nuestro Salvador apareció en la tierra. El Hijo de Dios para redimirnos del pecado toma un cuerpo humano y nace de la Virgen María, su Madre Purísima. Viene a vivir con nosotros su vida divina, a enseñarnos su doctrina de verdad, a darnos su ejemplo y a santificarnos con su gracia. Viene a rescatarnos en su sangre divina, a fundar su Iglesia y abrirnos las puertas del Paraíso.

Por eso la Navidad ha sido llamada con razón la Nochebuena. Esa noche de alegría, pero de alegría santa y cristiana.

Por desgracia muchos católicos no lo comprenden así. Buscan en la Navidad un nuevo motivo para sus diversiones, despojándola de todo sentido cristiano. Piensan únicamente en los regalos y en las fiestas, sin reflexionar un instante cuál es el motivo que impulsa a una sana alegría.

La Acción Católica de Chile ha iniciado el movimiento de dar a la Navidad su verdadero sentido. Debemos todos cooperar a esta obra.

Los medios de cooperación han de ser los siguientes:

Asistir con piedad a las funciones religiosas de Navidad, especialmente a la Misa de Medianoche recibiendo en ella la Santa Comunión. Que el Niño - Dios que nace en Belén nazca también por la Eucaristía en nuestros corazones.

Preparar en casa, siguiendo la tradicional costumbre, el pesebre y enseñando ante él a vuestros pequeñuelos el amor y devoción al Niñito Jesús.

La Navidad es la fiesta del hogar cristiano, de la tranquila y serena paz de la familia. No se debe participar en fiestas demasiado mundanas y profanas.

Los regalos sean sencillos y símbolo de la paz que ese día Dios trajo a los hombres. Los que tienen medios de fortuna acuérdense de los que no tienen para ayudarlos. Los niños obsequiados con regalos, acuérdense de sus hermanitos pobres para participarles su dicha.

Sea la Navidad una fiesta de unión de corazones y de caridad fraterna, reflejo de esa paz que los ángeles anunciaron a los hombres de buena voluntad. Haya perdón de injurias, olvido de rencores, santa y duradera fraternidad.

Que el Niño - Dios os colme de sus dones y bendiciones, que vuestras Navidades sean santas y felices, os lo desea de todo corazón vuestro Obispo.

**MENSAJE DE NAVIDAD
EL DON DE LA PAZ (1)
(25 - XII - 1947)**

Navidad llega trayéndonos su mensaje de paz.

Viene a decirnos que en la historia del mundo brilló un día en que el cielo y la tierra se fundieron en un abrazo de amor, en que el Invisible se hizo visible, el Eterno apareció en el tiempo, en que Dios se hizo hombre y débil como un niño, se reveló a la humanidad.

Es el hecho culminante de la historia.

Los siglos que preceden lo preparan.

Los siglos que siguen viven de su influjo salvador.

Navidad nos dice que Jesús, el Hombre-Dios, es nuestro hermano.

Navidad nos llama a que en ese amor que Cristo nos trajo, sepamos también amarnos.

Que esta Navidad nos traiga el dulce don de la paz.

Sin paz en los espíritus, en los hogares, en las relaciones sociales e internacionales, la humanidad se acerca a sus días más amargos y más trágicos.

Esa paz debemos procurarla.

Paz en la justicia, paz en la caridad fraterna, paz en el esfuerzo de apartar la dureza en los juicios, la aversión en los sentimientos, la incomprensión e intolerancia en todo aquello en que debe reinar la santa libertad de los hijos de Dios.

Esa paz de Cristo es la que vuestro Obispo os desea y para la cual implora en esta Navidad de 1947, las gracias y bendiciones del Divino Niño de Belén.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

**MENSAJE DE NAVIDAD
EL AMOR FRATERO (1)
(24 - XII - 49)**

Nochebuena la ha llamado el sentido cristiano de nuestra tradición española. La que contempló el hecho máximo de la historia: Dios que se hacía hombre para habitar entre nosotros.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

La que oyó anunciar la gran nueva de que "En Belén de Juda nos ha nacido el Cristo" (2).

La que escuchó el angélico mensaje que traía paz a los hombres de buena voluntad.

Nochebuena, la auténtica. No la de leyendas exóticas de ancianos pascueros, sino la realidad del Niño-Dios que en pobreza, desnudez y frío, enseña a los hombres el misterio del amor divino que descende del cielo y del amor fraterno que echa sus raíces en el corazón mismo de la humanidad.

Celebremos cristianamente nuestra nochebuena.

Elevando nuestros espíritus a Dios, Padre de los cielos, para agradecerle al don inefable de su Hijo hecho hombre por nuestro amor.

Purificando nuestros corazones de los escorios terrenos para contemplar la transparencia maravillosa de nuestra fe cristiana.

Acercándonos a recibir a Jesús para que El haga de cada una de nuestras almas su mística cuna.

Y sobre todo, reafirmando nuestra posición de caridad.

El mundo se hiela por el egoísmo.

El ansia inmoderada de riquezas y de goces va petrificando los corazones humanos. El hombre cada día va tomándose más y más en el logro del hombre.

La humanidad busca fórmulas para alejar las terribles catástrofes que oscurecen el horizonte del tiempo presente.

Y olvidan la única fórmula eficaz y valedera: acercarse a Cristo, a su espíritu, a su ley, a su mandato supremo: "amaos los unos a los otros como yo os he amado" (2).

Sólo una gran efusión de amor fraterno podrá salvar al mundo de la ola de egoísmo y de odio que amenaza hacerlo sucumbir.

En esta Navidad de 1949, al comenzar el Año Santo, que esperamos sea "el año del gran retorno y del gran perdón", vuestro Obispo, sintiendo la paternidad espiritual que tiene sobre vosotros, os saluda deseándoos como el más precioso don del cielo, el aumento de esa caridad fraterna en cada uno y en la gran familia diocesana.

Por todos, creyentes e incrédulos, subirá en esta Nochebuena mi oración, pidiendo paz para esta Nochebuena en sus almas, amor creciente para sus corazones y aquella felicidad verdadera que es hija del deber.

Y sobre todo, el nombre del Dios-Niño, en un gran signo de Cruz, expresión máxima de esa ley de Caridad como el mejor augurio de Navidad implora las bendiciones copiosas del Señor.

(2) *Lc. 2, 11.*

(3) *Jn. 13, 34.*

MENSAJE DE NAVIDAD
LA PAZ (1)
(25 - XII - 1950)

La Navidad ha llegado trayéndonos su mensaje de paz.

Es el mismo que señala a la humanidad sus dos grandes deberes: glorificar a Dios y poner paz entre los hombres.

Es el mismo que a despecho de nuestras infidelidades y voluntarias sorderas sigue siendo el gran grito de esperanza, que brota de las entrañas profundas de nuestra raza humana.

No lo desvirtuemos.

No hagamos de la Navidad una fiesta meramente sentimental y pagana.

Es el hecho máximo de la historia que divide al mundo en dos eras.

Es la venida a la tierra del Dios hecho hombre.

Es el gran signo de la Misericordia Divina, y la gran prenda de nuestras esperanzas terrestres.

Con la Navidad aparece el gran pensamiento cristiano, la unión de lo divino con lo humano.

Solamente el misterio de la Encarnación puede realizar ese equilibrio. Fuera del cristianismo, nos encontraremos ante estas alternativas: el hombre aplastado por Dios, o Dios aplastado por el hombre.

Las religiones panteístas, racionalistas, o materialistas, divinizan al hombre y suprimen a Dios.

Esa unión se realiza en forma perfecta con Jesucristo.

Por eso su Navidad tiene un tan hondo sentido humano y una tan alta trascendencia divina.

Por eso también ella no es tan sólo el recuerdo de un hecho histórico, acaecido hace dos milenios, sino un llamado a lo que debe ser nuestro destino cristiano, dignificación y pacificación del hombre y la gloria de Dios.

Os exhorto a orar y a trabajar por la paz del mundo.

Su Santidad el Papa, acaba una vez más de insistir sobre la necesidad de la paz.

No hay paz en el mundo actual.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

El espectro fatídico de una nueva guerra se cierne amenazante sobre nuestra edad. En vano el Vicario de Cristo alza su voz llena de infinita tristeza, clamando por la paz.

Los hombres semejan no oírla.

Quieren buscar la paz donde ella no se encuentra.

Pretenden hallarla, en meras convenciones humanas fingiendo ignorar las causas que nos alejan de la paz.

Quieren encontrar la paz en la fuerza. Y jamás la fuerza podrá hacer germinar la paz.

Quieren buscarla en la potencia mortífera de las armas. La conciencia cristiana se revela contra esos medios inhumanos y destructores.

No hay paz en el mundo, porque no hay paz en las almas. Y no hay paz en las almas porque nos hemos alejado de Dios, suprema fuente de paz.

Por esto el mensaje de Navidad, une ambas ideas: la gloria de Dios y la paz de los hombres.

Es retornando a Dios como los hombres de buena voluntad encontrarán la paz que afanosamente buscan y ansían.

Mi saludo de Navidad se encierra en esta idea: que sólo buscando a Dios hallaremos la paz.

Paz en las conciencias, paz en los hogares, paz en la justicia social, paz en el amor fraterno, paz en el mundo a los hombres de buena voluntad.

En esta noche Santa, la Nochebuena, al tener al Dios-Niño entre mis manos en el Santo Sacrificio, mi plegaria subirá por todos para que el Dios de paz y consuelo os llene de sus más ricas bendiciones de su gracia y de su amor.

Es el saludo de Navidad de vuestro Obispo.

MENSAJE DE NAVIDAD
EL ESPIRITU DEL NIÑO DE BELEN (1)
(25 - XII - 1954)

En su loca carrera el mundo se detiene y recuerda.

Piensa que en una noche como ésta, "los cielos destilaron miel".

Que la humanidad atónita contempló el prodigio de ver a Dios en medio de ella.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

Que la fecha más grande de la historia no es la marca ni la conquista del guerrero, ni el descubrimiento del sabio, ni la creación del artista, sino un Niño que nace abandonado en un establo.

Es que ese Niño es Dios.

Y ese Dios - Niño, trae en una fecha como ésta, el gran mensaje de la dignidad del hombre, de la felicidad perfecta, de la paz duradera.

En este día, con honda emoción y sincero afecto, saludo a todos los habitantes de esta vasta Diócesis para desearles feliz y santa Navidad.

Que el Divino Niño de Belén traiga a todos la verdad que ilumina, la fuerza que sostiene en los caminos del deber, la gracia de su presencia íntima en nuestros corazones.

Que El nos haga comprender que en su doctrina hallaremos la respuesta a las inquietudes de nuestra mente y el ansia de felicidad de nuestros espíritus.

Que El nos haga sentir la necesidad de trabajar por una mejor y más cumplida justicia social en las relaciones humanas. Por un más ardiente y fraternal afecto con nuestros semejantes.

Que junto a la Cuna del Niño - Dios, las asperezas se suavicen, los odios se apaguen, los egoísmos se fundan y nos sintamos hermanos en el amor que El nos trajo como mandamiento supremo.

Necesitamos volver al espíritu de Navidad.

Navidad es acercamiento de Dios al hombre.

Sepamos conocer la gracia inefable de su presencia entre nosotros.

Navidad es búsqueda de Dios por el hombre.

Sintamos la necesidad de orientar hacia El nuestra vida.

Navidad es sencillez, humildad y olvido de sí mismo, predicado no como teóricas enseñanzas, sino con el ejemplo vivo de un Dios que se humilla hasta nacer en un pesebre y que sabe darse sin reservas por nuestro bien.

Navidad es "paz a los hombres de buena voluntad".

La voluntad de ser buenos y ayudar a otros a serlo es lo único que puede pacificar a esta humanidad destrozada.

Si cada día va al Señor mi plegaria por todos, hoy lo será en forma más íntima, más ferviente, más viva.

Al abnegado Clero Diocesano y Regular, a las beneméritas Religiosas, a los creyentes, a los que están lejos de la Iglesia, a todos sin excepción, llegue en esta Navidad mi saludo de amigo, mi oración de sacerdote y mi bendición de Pastor.

MENSAJE DE NAVIDAD
LA ESPERANZA CRISTIANA (1)
(25 - XII - 1955)

Por estas líneas os envío, amados diocesanos, mi cordial saludo de Navidad.

El hecho central de la historia revive hoy para nosotros: Cristo ha nacido. Dios se ha hecho hombre. El Invisible se ha manifestado en carne mortal. El Eterno ha aparecido en el tiempo.

Pasan los hombres. Perecen las civilizaciones. Cambian los pueblos. Pero el hecho definitivo de la humanidad permanece. Dios ha descendido hasta el hombre, el hombre ha subido hasta Dios. Y ese punto de encuentro de lo divino con lo humano, de lo temporal con lo eterno, de lo relativo con lo absoluto se llama Jesucristo.

Con la Liturgia de Navidad os repito: "Cristo nos ha nacido; venid y adorémosle" (2).

Es Dios en la débil envoltura de un Niño. Es el "Príncipe del Siglo Futuro" (3), en la pobreza de su cuna. Es el Admirable en la silenciosa armonía de su venida.

Os pido que no desfiguremos la Navidad. No la hagamos como una falsa literatura pretende, un hermoso cuento infantil, un emocionante recuerdo, o una simple reunión familiar. Es algo más grande y trascendente. Es la inserción de Dios en la historia. Es la humanización de Dios en el tiempo.

Y nuestra primera actitud debe ser ésta: adoración reverente ante Dios. Cuanto más frágil aparece el Niño de Belén, más fuerte ha de ser nuestra fe para adorarlo. Cuanto más se humilla Dios descendiendo, mejor hemos de sentir la dignidad divina que nos trae.

Que Navidad sea Navidad, misterio de Dios que se hace hombre para llevar los hombres hasta Dios.

Al saludaros en esta fiesta, os señalo cómo ella constituye un inmenso motivo de esperanza.

Navidad trae, no un vano y vago optimismo sino la certeza de una promesa que nos viene de Jesús.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 7.

(2) Antífona del Invitatorio del Oficio Litúrgico de Maitines.

(3) *Is.* 9, 6.

Al nacer en Belén, al aparecer entre los hombres, al constituirse nuestro hermano, nos da la base indestructible de nuestra esperanza.

Ha venido a salvarnos. En Cristo "esperamos al Salvador". Ha venido a redimirnos. En El está la prenda de nuestro rescate. Ha venido para darnos la dignidad de Hijos de Dios. En El está nuestra libertad, nuestra justicia y nuestra paz.

Desde la primera Navidad, el hombre sabe que puede esperar, porque Dios está con él.

Tenemos, como dice San Pedro que "dar cuenta de nuestra esperanza con dulzura y respeto". (4).

Una literatura abundante nos habla de desesperación. La incertidumbre de los tiempos pone un interrogante angustioso en el futuro. Las amenazas de destrucción parecen multiplicarse y fortalecerse. Y, sin embargo, el mundo espera las palabras de la esperanza. Y esas palabras hemos de pronunciarlas los cristianos. Y hemos de decir las precisamente ante la cuna del Niño - Dios.

Nuestra esperanza está en Jesús. En la verdad de su mensaje, en la fuerza de su gracia, en la dinámica de su amor, en la atracción irresistible que El ejerce sobre la humanidad.

Y porque Navidad es un misterio de esperanza, es también un gran llamado de fraternidad.

Somos hermanos en el Niño - Dios de Belén.

En su mensaje de paz a "los hombres de buena voluntad" (3).

En la pobreza de su pesebre, que nos dice dónde están los valores eternos y duraderos.

En el grito que atraviesa la noche silenciosa y que nos dice que en la medida que nos acercamos a Dios, nos sentimos hermanos.

El mundo siente el ansia de fraternidad verdadera. No la ha hallado en los mil sistemas que prometían dársela. Y es en el Misterio de Navidad donde la encuentra.

Justicia social y fraternidad cristianas, son las bases indestructibles de la paz. Fuera de ellas no hay paz ni en las conciencias ni en las familias, ni en la sociedad, ni entre las naciones.

¡Acercarnos a Jesús! Tal es el gran mensaje de Navidad. Conocerlo en su doctrina, seguirlo en sus ejemplos, recibirlo en su Eucaristía, irradiarla en nuestra diaria actividad.

Tal es el voto fervoroso y paternal con que saludo a todos los habitantes de esta Diócesis. A los que están cerca y a los que están lejos. A los que afirman y a los que niegan. A los que están ciertos y a los que vacilan.

Por todos ellos sube mi plegaria en esta fiesta, mientras sobre todos imploro la paz que Cristo vino a traernos en esa Noche bendita "en que los cielos destilaron miel" (6).

(4) 1 P. 3, 15.

(5) Lc. 2, 14.

(6) Breviario romano antiguo. 25 - XII. Maitines, primer nocturno responsorio después de la 2ª lectura.

MENSAJE DE NAVIDAD - (1)
EL NIÑO DE BELEN. PAZ, JUSTICIA Y CARIDAD
(25 - XII - 1956)

Pocas horas nos separan de la noche gloriosa en que "los cielos destilaron miel" (2).

Como una inmensa ola que muere suavemente en la arena, las pasiones que agitan a los hombres parecen aquietarse mansamente en la playa divina de la Navidad.

Un gran silencio se cierne sobre el mundo, y en él, como en la noche callada, se escucha con nitidez más clara la voz de Cristo que habla a la Humanidad.

A escuchar esa voz, os invita vuestro Obispo en este mensaje.

Ella nos dice ante todo, la necesidad de orientarnos.

Caminamos confusos porque nos falta el sendero. Vacilantes, porque olvidamos el guía. Errantes, porque hemos perdido la luz.

La luz grande que Isaías entrevió sobre Jerusalén va a lucir sobre el mundo.

Y esa Luz se llama Jesucristo.

Es un Niño, y sostiene en sus manos el Universo.

Es un desvalido y los Reyes de Oriente se arrodillan ante su Cuna.

Es un pequeñuelo. Y su Sabiduría llena los siglos.

En Él hallamos la orientación a nuestra vida, la explicación de nuestro destino, el secreto fundamental de nuestra existencia.

Esa voz nos habla, en segundo lugar, de seguirlo.

Porque el cristianismo es fundamentalmente esto: seguimiento fiel a Jesús.

Seguirlo en su Verdad que nos hace libres.

En su Justicia que nos iguala y nos pacifica.

En su Caridad que nos hermana.

Por esto, mi mensaje es un saludo y un ruego.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 11.

(2) Breviario Romano Antiguo. Maitines 25 - XII, primer nocturno, responsorio después de la 2ª lectura.

Un ruego a renovar nuestro espíritu en el mensaje que el Divino Niño de Belén nos entrega.

A hacer de su palabra, regla de nuestra vida, a no falsificar la autenticidad de su mensaje.

A trabajar con redoblado esfuerzo porque la justicia social quite de nosotros todo lo que oprime, esclaviza y hace imposible nuestra doble condición de seres humanos y de hijos de Dios.

A estrecharnos mutuamente como hermanos en su única ley capaz de triunfar sobre egoísmos y odios: la Caridad que Cristo nos predica.

Un saludo cordial, sincero y paternal, que va a todos, sin distinción de credos o condiciones.

Saludo a los niños, para que su alegría sea pura y con sus ojos diáfanos que la malicia no ha empañado, sepan contemplar la belleza de Dios.

Saludo a los jóvenes, para que sus inquietudes de adolescentes encuentre el cauce generoso que las hará fecundas y que un ideal trascendente, eterno y absoluto, ilumine sus vidas que comienzan.

Saludo a las generaciones adultas en la plenitud de su trabajo y en la madurez de sus vidas, para que sepan cumplir la gran responsabilidad que les incumbe en la familia, célula fundamental de la patria, en la sociedad que procura el bien temporal, y en la evangelización de un mundo nuevo que busca inquieto el suplemento de alma que necesita.

Saludo a los obreros que con sus vidas duras labran la grandeza de la patria y en sus manos encallecidas, renuevan el gesto del gran trabajador de Nazareth.

La pomoción de la clase obrera, en el espíritu que Navidad nos entrega será plegaria especial de vuestro Obispo.

Saludo a los empresarios para que sus actividades se inspiren cada vez más en las doctrinas sociales que la Iglesia propugna, para transformar este mundo de "selvático en humano y de humano en cristiano".

Saludo respetuoso y cordial a las autoridades civiles y judiciales, administrativas, edilicias, militares, educacionales y comerciales, pidiendo a Dios, de donde toda autoridad recibe la Luz y la Fuerza que necesita para sus altas tareas.

Saludo a todos mis colaboradores en la gran misión de anunciar la buena nueva del Reino de Dios y de traer sobre la tierra el justo orden social que la humanidad exige.

A mi abnegado clero secular y regular, a las esforzadas religiosas, a las milicias de la Acción Católica, a todos los que, en una forma u otra tratan de hacer posible el mensaje navideño de "Gloria a Dios en los cielos y paz a los hombres de buena voluntad" (3), vayan en esta gran fiesta, mi plegaria de sacerdote, mi abrazo de amigo y mi bendición de pastor.

(3) *Lc.* 2, 14.

MENSAJE DE NAVIDAD (1)
BELEN
(25 - XII - 1957)

“Y decíanse entre sí los pastores: vamos a Belén y veamos lo sucedido y lo que el Señor nos quiere hacer saber” (2).

Son las palabras del Evangelista S. Lucas al narrarnos la primera y gran Navidad del mundo.

Son también las que vuestro Obispo, ha escogido para enviaros en esta noche su paternal y férvido saludo.

“Vamos a Belén”

Sencillez de aldea, despojo de establo, desprecio de farsas y convenciones mundanas, silencio de noche fría, ofrenda simple de pastores, parpadear atónito de estrellas y sobre la calma de los campos dormidos el himno angélico que canta: “Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad” (3).

“Vamos a Belén”.

Porque allí encontraremos lo que el hombre esencialmente ansía: la primacía del espíritu, la tranquilidad en el orden, la paz en la justicia, la fraternidad humana en el Padre común de los cielos.

“Vamos a Belén”.

Porque esa cuna es eje de un orden nuevo. Es germen de nueva vida. Es mesa de aspiraciones inmortales. Es surco de un mundo mejor.

“Vamos a Belén”.

Es decir a Dios que se hace hombre. Al Eterno que se introduce en el tiempo. Al Invisible que aparece ante nuestros ojos deslumbrados.

A Cristo, el Ungido de Dios, el Salvador de los hombres.

“Vamos a Belén”.

Porque como San Pablo nos advierte:

“Se manifestó a todos los hombres la gracia de Dios, Salvador nuestro, enseñándonos que renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y el glorioso advenimiento del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo” (4).

(1) Publicado en D. M., pág. 3.

(2) Lc. 2, 15.

(3) Lc. 2, 14.

(4) Tt. 2, 11 - ss.

“Vamos a Belén”, y “veamos lo sucedido”, añade S. Lucas.
Lo sucedido es el gran misterio que la humanidad aguarda.
Dios cumple su promesa.

Su palabra permanece eternamente.

“Trajo a Israel su auxilio acordándose de su misericordia, como lo había prometido a nuestros padres” (5).

La voz de los profetas no fue vana.

La expectación de la humanidad tuvo su término.

“La tierra despierta y sus caminos van a alegrarse y la soledad va a florecer como un lirio” (6).

El clamor de los justos que Is. expresa, se realiza:

“Cielos, envidad rocíos de lo alto y las nubes lluevan al justo. Abrase la tierra y brote el SALVADOR” (7).

“Lo sucedido” es que “toda carne verá al Salvador” (8).

“Lo sucedido” es que el “Verbo de Dios se hizo hombre y ha habitado entre nosotros y hemos visto su gloria, gloria que proviene de su Padre como Hijo Unico, lleno de gracia y de verdad” (9).

“Lo sucedido” simple y grande, es que la “plenitud de los tiempos” se ha cumplido.

Una nueva y definitiva era ha comenzado: la cristiana.

Quiéranlo o no los hombres. Cristo es el centro de la historia.

“Lo sucedido”.

Es una nueva y definitiva fórmula de felicidad.

Mientras el paganismo de todos los tiempos y de todos los hombres proclama una felicidad que viene de afuera, Cristo anuncia una felicidad nueva que viene de adentro.

Mientras el hombre anhela ser libre esclavizándose a las creaturas y a las cosas, Cristo anuncia la libertad desprendiéndose de ellas.

“Lo sucedido”. Es la inversión total de los valores. Lo que el mundo llama pena, Cristo lo llama dicha. Lo que el mundo trata de huir, Cristo lo señala como suprema búsqueda.

“Lo sucedido”. Es el imperio de un mensaje de alegría “que nada ni nadie nos podrá arrebatar”.

“Felices los pobres de espíritu porque el Reino de los Cielos es de ellos.

Felices los mansos, porque recibirán la tierra en herencia.

Felices los afligidos, porque serán consolados.

Felices los hambrientos y sedientos de justicia, porque serán saciados.

Felices los misericordiosos, porque obtendrán misericordia.

Felices los corazones puros, porque verán a Dios.

Felices los perseguidos por la justicia, porque suyo es el Reino de los Cielos.

(5) Lc. 1, 54 - ss.

(6) Is. 35, 1.

(7) Is. 45, 1.

(8) Lc. 3.

(9) Jn. 1, 14.

Felices vosotros si os insultan, si os persiguen, si os calumnian de todas maneras por causa mía.

Manteneos en la dicha y la alegría porque vuestra será la recompensa de los Cielos" (10).

"Lo sucedido".

Es el gran hecho que divide el tiempo, que jalona la historia y que marca a la humanidad su definitivo desarrollo.

"Lo sucedido" es el objeto de nuestra fe. No creemos en teorías. No adherimos a ideas o conceptos, sino a hechos. Nuestra fe es la proclamación de una realidad histórica. La más grande y trascendental de todos los tiempos.

"Dios ha visitado su pueblo".

"Dios ha amado de tal manera al hombre, que le ha dado su Hijo Unigénito para que todo el que crea en El no perezca sino que tenga la vida eterna" (11).

"Lo sucedido".

Tiene un Nombre "que está sobre todo Nombre".

Se llama Jesucristo.

Y como un repicar de campanas suena sobre nosotros en esa noche "lo sucedido en Belén".

"Había unos pastores en aquellas cercanías, que estaban vigilando durante la noche guardando su ganado. Cuando he aquí que se puso junto a ellos un ángel del Señor, y la claridad de Dios los cercó de resplandor y tuvieron gran temor. Díjole el ángel:

"No temáis, porque vengo a anunciaros un gran gozo, que lo será también para todo el pueblo; y es que hoy os ha nacido el Salvador, que es el Cristo Señor, en la ciudad de David. Esta será para vosotros la señal, hallaréis al Niño envuelto en pañales, y puesto en un pesebre".

Y de pronto apareció con el ángel un ejército numeroso de la milicia celestial, alabando a Dios y diciendo: "Gloria a Dios en las alturas y en la tierra, paz a los hombres de buena voluntad".

Y los pastores decíanse entre sí: "Vamos a Belén y veamos lo sucedido y lo que el Señor nos quiere hacer saber" (12).

El pesebre es una cátedra en la cual se nos enseña "lo que el Señor nos quiere hacer saber".

Que Dios nos ama, porque es Amor Infinito.

Que en Cristo nos adoptó como hijos suyos.

Que hemos de caminar como sus hijos bienamados.

Que en la luz de su mensaje desciframos el enigma de la existencia.

Que la ley eterna y no las pasiones rigen nuestras acciones.

(10) Mt. 5, 2 - ss.

(11) Jn. 3, 16.

(12) Lc. 2, 10 - 12.

Que la conciencia y no el capricho marca nuestros pasos.
Que el placer engaña y miente. El oro fascina y corrompe. La gloria seduce y deslumbra. Y sólo el deber cumplido, la tarea realizada, la voluntad divina ejecutada, llenan la vida de imperecedera alegría.
"Lo que el Señor nos quiere hacer saber".
Que en Cristo el hombre se reconcilia con Dios. La tierra con el cielo
Que en El lo temporal se hace eterno y lo caduco duradero.
Que en su ley de caridad fraterna los hombres se hermanan, los odios se olvidan, los egoísmos se funden en una gran llama de amor.
"Lo que el Señor nos quiere hacer saber".
Que hay que luchar por la justicia, porque el Divino Niño es el "Príncipe de la Justicia". Y la justicia es el rostro de Dios.
Que hay que buscar un orden social donde la paz sea fruto de la justicia y la armónica expresión de la caridad.
Que en esta noche "en que los cielos destilaron miel" hemos de buscar para el mundo del mañana, un orden más justo, más humano, más digno de Aquél que en Belén naciera por nuestro amor.
"Lo que el Señor nos quiere hacer saber".
Que Dios nos ama y nos busca.
Que Dios nos ilumina con su palabra para recorrer los senderos de la verdad.
Que su gracia nos sostiene para marchar por el camino del bien.
Que su vida se nos da en la Eucaristía para alimentarnos de eternidad.
Vuestro Obispo os saluda en esta Navidad de 1957 con el sincero afecto del Padre, del amigo y del pastor.
A los católicos para que vivan íntegros, sin distingos ni reticencias el mensaje que Cristo nos ha dejado.
A los hermanos, que sin pertenecer a la Iglesia, nos estrecha una común fe en Cristo y su palabra, para que "la paz a los hombres de buena voluntad" que El prometiera, nos una junto al pesebre del Hombre-Dios.
A los que no creen, mi plegaria fervorosa para que vean en Cristo "la luz verdadera que ilumina a todo hombre" (13).
A todos, mis augurios de felicidad honda y duradera, mi llamado para que tratemos de aliviar y solucionar el dolor de tantos de nuestros hermanos, y mi plegaria para que sepan realizar la consigna que Navidad nos entrega:
"Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad".

(13) Jn. 1, 9.

MENSAJE DE NAVIDAD (1)
GLORIA A DIOS Y PAZ A LOS HOMBRES
(25 - XII - 1959)

“Cristo os ha nacido: venid y adorémosle” (2).

Un repicar de campanas en la noche estrellada. Un fulgor nuevo en los cielos dormidos. Un mensaje de fe, de esperanzas y de amor, que desde hace mil años se repite.

“Ha llegado la Navidad”.

Y con ella el anuncio que vibra con el acento feliz de una renovada promesa para el mundo.

“Cristo ha nacido”.

El gran hecho que domina la historia se ha realizado. El Salvador esperado ha entrado en el tiempo. Ha aparecido la gracia y la benignidad de Dios Salvador nuestro (3).

Hoy vivimos ese mismo misterio sublime del amor de Dios que surca al hombre. “El Verbo de Dios se hizo hombre y habitó entre nosotros” (4). En esta noche de paz, vuestro Obispo os saluda. Y quiere que su saludo, tal como en mensaje evangélico, abrase a todos sin excepción alguna.

A los que adoran en Cristo al Hijo de Dios, a los que admirando su grandeza no llegan a conocer su divinidad, a los que nieguen o vacilen, como a los que creen y afirman, a los que la vida los alejó del camino de su infancia primera, como a los que la misma vida tras duras lecciones les enseñó que solamente en Dios hay refugio, consuelo y paz.

A todos porque el mensaje de Cristo es universal en el espacio y en el tiempo, y en la historia.

Las palabras humanas callan cuando la voz divina resuena. Por eso sólo puedo repetiros como saludo, aquellas palabras que vibraron en la noche callada cuando “los cielos destilaron miel” (5).

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

(2) *Is.* 9, 6.

(3) *Tt.* 3, 4.

(4) *Jn.* 1, 14.

(5) Breviario Romano Antiguo. Maitines, 25 - XIII, primer nocturno, responsorio después de la 2ª lectura.

“Gloria a Dios y paz a los hombres”.

Para glorificar al Padre de las misericordias, el Hijo de Dios se hizo hombre. Para restablecer la alianza entre la humanidad y Dios que el pecado rompiera, vino a la tierra Jesús. Para que los hombres alcancen sus destinos eternos, conozcan la verdad plena y caminen como hijos de la luz en una noche silenciosa como hoy, el Señor apareció entre los hombres.

“Demos Gloria al Señor”.

El mal fundamental que sufrimos es habernos alejado de Dios. Sin El la vida se torna dura y el cansancio letal que nuestra gran poetisa cantara, cae como una losa pesada sobre nuestra existencia. “El cansancio del cielo de estaño y el cansancio del cielo de añil” (7).

Demos gloria al Señor, porque “El nos amó primero” (8) y porque nos amó de tal manera que nos dio a su Hijo, para que todo el que creyera en El, tuviera vida” (9).

“Paz a los hombres”.

Es la gran necesidad y la gran angustia de nuestro tiempo. Necesitamos paz. Pero no una paz ficticia, fruto del temor, de la prepotencia o del temor. La paz verdadera que Cristo trajo. La que es fruto de la justicia y que se corona con el amor. No habrá paz en los corazones que la angustia atormenta, mientras sólo busquen codicia y ambiciones. No habrá paz en las almas mientras no aprendamos junto a la cuna del Divino Niño, a ser cristalinos y transparentes. No habrá paz mientras los egoísmos endurezcan los corazones o las lujurias los engañen en mentidos amores. No habrá paz mientras el hombre se busque solamente a sí mismo y no sienta que la felicidad consiste en darla.

“Necesitamos la paz social”.

Mientras las condiciones de vida de una proporción grande de nuestros hermanos sea indigna de su calidad de hombre, es imposible que un orden social perdure.

Mientras todos no sintamos la necesidad de compartir por igual los sacrificios que las circunstancias actuales exigen, no se logrará aquella paz “que es obra de la justicia” (10) y donde los pueblos encuentran el secreto de su verdadera prosperidad.

“Paz a los hombres”.

Hay que trabajar por formar la conciencia de que la paz internacional no nace ni de la fuerza de las armas, ni del triunfo del potente sobre el débil sino de la buena voluntad de los espíritus que los angélicos coros anunciaron a los sencillos pastores de Belén.

Hablo a los católicos de mi Diócesis. Es un deber grave trabajar por alcanzar la paz social. El Consejo Episcopal Latinoamericano, en nombre de todo el Episcopado del continente acaba de declarar lo siguiente:

(6) *Lc. 2, 14.*

(7) *Gabriela Mistral.*

(8) *Jn. 4, 10.*

(9) *Jn. 3, 18.*

(10) *Is. 32, 17.*

“Quienes tienen responsabilidades de carácter social, estudien profundamente la doctrina social de la Iglesia y póngala en práctica con valentía y decisión. Ninguno que quiera llamarse cristiano puede eximirse de su cumplimiento” (11).

No se puede olvidar que las dos terceras partes de la población del mundo y de la América Latina sufren de subdesarrollo y de hambre. Esta situación constituye el gran pecado y el mayor peligro de nuestros tiempos.

Un gran anhelo de justicia social, tal como la Iglesia lo ha señalado en múltiples documentos, debe ser la ofrenda que presentamos junto al pesebre de aquél que Isaías anunciara como “el Príncipe de la paz” (12).

“Paz a los hombres”.

Junto a la cuna del Niño, pensemos que para tener paz es menester, como el Evangelio nos lo recuerda “**hacernos semejantes a los niños**”, que nuestra mirada se haga diáfana, nuestro corazón sereno y sea franca nuestra risa. Que el odio, la desconfianza, la mala voluntad cedan lugar a la sencillez del espíritu. Que los prejuicios no enturbien la mente y tornemos a aquella limpidez del corazón que como fuente de agua clara brotara de nuestros años de infancia. Que sepamos perdonar, olvidar odios y borrar ofensas, así como en reñidas competencias deportivas, “**hacíamos las paces**”, estrechándonos con amistad sincera nuestras manos pequeñas de niños.

Un Niño ha nacido, que él nos enseñe una vez más su lección, que con tanta facilidad olvidamos. Que él nos repita en las bienaventuranzas del Sermón del Monte su código de felicidad. Que el Niño nos haga hombres, para cumplir con integridad su mensaje. Que Dios nos de su gracia divina para dar a nuestra vida su trascendencia eterna. Tal como hace 20 siglos el ángel nos repita de nuevo el anuncio a los atónitos pastores:

“No temáis, pues he aquí que os traigo una buena nueva, que será de gran alegría para todo el pueblo: que os ha nacido hoy en la ciudad de David un Salvador, que es el Mesías, es decir, el Señor” (13).

Cristo nos ha nacido. Venid y adoremos.

(11) Cfr. *Boletín del Celam*, 1959.

(12) *Lc. 2, 10 - 11.*

MENSAJE DE NAVIDAD (1)
EL ENCUENTRO DE JESUS EN LA IGLESIA
(23 - 24 - XII - 1961)

25 de diciembre de 1961. Navidad.

La festividad nos llama a meditar.

Vuestro Obispo os invita a una reflexión honda y tranquila.

Su invitación es amplia. Tal como el mensaje navideño: "A todos los hombres de buena voluntad". Es decir, a todos los que quieren el bien.

Navidad nos coloca ante el hecho más grande de la historia: el nacimiento del Hijo de Dios.

Ahí se expresa en trazos sencillos y familiares la realidad del Cristianismo; Dios que se humaniza, el hombre que se diviniza. El doble misterio del hombre y de Dios.

¿Qué es el hombre? ¿Qué es la vida? ¿Por qué el dolor? ¿Por qué la muerte? ¿Qué es la felicidad? ¿Por qué vivimos y para qué vivimos?

Tantas interrogantes que, a través de la historia, el hombre busca descifrar.

La ciencia, la filosofía, la política, el arte, no logran darle una respuesta total.

Navidad responde: "Dios ha amado tanto al hombre que le dio a su Hijo para que todo el que crea en El tenga la vida" (2). "El Verbo de Dios se hizo hombre y habitó entre nosotros" (3).

El Invisible se ha hecho visible. El Eterno ha penetrado en el tiempo. Dios ha llegado hasta nosotros para compartir nuestra vida. Cristo es el hombre de Dios.

A la luz de esa realidad las preguntas encuentran su respuesta, el problema de la vida, su solución y su sentido.

Navidad es el momento de la historia en que el encuentro perfecto del hombre y Dios se hizo realidad. En esa noche callada de diciembre "los cielos destilaron miel" (4). La vara brotada del tronco de Jessé abrió su flor.

(1) Publicado en *D. M.* en las págs. 2 y 4.

(2) *Jn.* 3, 16.

(3) *Jn.* 1, 4.

(4) Breviario Romano Antiguo. Maitines, 25 - XII, primer nocturno, responsorio después de la 2ª lectura.

Los ángeles transmitieron a los atónitos pastores su nueva de gozo: "Os anuncio una gran alegría, que es para todo el pueblo. Os ha nacido hoy un Salvador que es el Cristo Señor en la ciudad de David" (5).

Y sobre la campiña dormida resonó el cántico, cuyo eco no se extingue. Hoy volvemos a escucharlo con renovado acento: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad" (6).

El ruido de las máquinas, el silbar de las sirenas y el estallido de megatones atómicos no logran apagar la canción de paz, que como nostalgia de un bien perdido de la humanidad sigue tratando de escuchar.

"Gloria a Dios - Paz a los hombres".

La paz de los hombres en su encuentro con Dios.

No hay otra paz verdadera. No hay otra solución posible.

Navidad de 1961. Preñada de amenazas. Cuajada de angustias e inquietudes. Con atardeceres de Apocalipsis y auroras nuevas de creación. Ella nos pone ante este hecho:

La paz del hombre en su encuentro con Dios.

El retorno a la senda perdida de la dicha "por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido".

El imperativo categórico y absoluto. Sin distingos ni componendas. Tajante como filo de espada. Apremiante con urgencia de naufragio.

O SOMETERSE A DIOS O PERECER.

Someterse a Dios.

"Porque toda carne había corrompido su camino" (7), vino el diluvio universal.

Porque los hombres hicieron dioses al dinero, al placer, la soberbia y el orgullo, la angustia impera en el mundo.

Porque perdieron el temor a lo más grande: Dios, están aterrorizados ante lo más pequeño, el átomo.

Porque quisieron hacerse autónomos frente a la ley divina, se hicieron esclavos de los hombres.

No hay más que un camino: someterse a Dios.

1. Someterse a Dios es reconocer el Señorío de Dios sobre la vida. "Yo soy el Señor tu Dios" (8).

Es reconocer su trascendencia sobre las creaturas.

Es sentirlo al mismo tiempo Creador y Padre.

Es saberlo infinito y desbordando de amor.

Es aprender a buscarlo en la Creación que nos habla de su presencia, que nos revela su belleza, que nos ofrece el reflejo de su poder.

(5) *Lc. 2, 10-11.*

(6) *Lc. 2, 14.*

(7) *Gn. 4, 12.*

(8) *Lv. 11, 4-cc.*

Es dejarnos penetrar de la seguridad absoluta que Dios nos ama.

Es abandonarnos en los brazos de su Providencia como niños en el regazo materno.

Hemos perdido el sentido de Dios.

Y mientras no lo recobremos seremos ovejas errantes, huérfanos sin amparo, naves a la deriva en el mar de la existencia.

El ateísmo destruye las raíces eternas del hombre. Puede edificar una civilización, pero sin alma. Puede alzar una estatua gigante, pero con pies de barro. El ateísmo práctico, la pérdida del sentido de Dios, está corroyendo a nuestra generación.

No pretendamos situarla geográficamente. La encontramos tanto a éste como al otro lado de la cortina de hierro.

2. Someterse a Dios es reconocer a Cristo.

No un Cristo ficticio y deformado. El Cristo del Evangelio y de la auténtica tradición de 20 siglos.

El Hijo de Dios hecho Hombre. El que nace en Belén desposado con la pobreza. El que crece en Nazareth envuelto en la humildad y el silencio. El que anuncia su ley condensada en el precepto máximo: "Amarás al prójimo como a tí mismo", "amaos los unos a los otros, como yo os he amado" (9).

El Cristo de las bienaventuranzas síntesis y médula del mensaje evangélico.

Felices los pobres en el espíritu, los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los perseguidos por amar la justicia, los artesanos de la paz.

Ellos serán los que poseerán la tierra, los que serán consolados y saciados, los que alcanzarán misericordia, los que verán a Dios, y serán llamados hijos de Dios, los que poseerán el reino de los cielos.

Reconocer a Cristo, como Señor de la historia. El que vence al mundo. El que redime en la Cruz. El que salva en la sangre. El que resucita triunfante.

Creer en el Cristo que vino; hecho indiscutible de la historia. Que inauguró un orden nuevo. Que puso la semilla de una civilización que aún debe alcanzar su meta.

Creer en el Cristo que viene cada día. A través de su palabra que es ley. De sus sacramentos que son vida. De su presencia misteriosa en los acontecimientos de nuestra existencia, en las tareas oscuras de nuestra jornada cotidiana.

Creer en el Cristo que vendrá al final de los tiempos, en la plenitud de su Cuerpo Místico, en la recapitulación total de la historia. La Iglesia y el mundo caminan hacia "El Día del Señor".

3. Someterse a Dios es reconocer la Iglesia. La que El fundó. Sobre los Doce con Pedro. La que continúa en los Obispos con el Papa. La Iglesia Jerárquica, y visible con sus instituciones y leyes, su gobierno y sus obras, sus vicisitudes y su historia.

(9) *Jn.* 13, 34.

Es ver a través de Ella, la Iglesia invisible que el Espíritu Santo anima y vivifica. La que nos da a Cristo a través de sus signos auténticos: los sacramentos. La que conserva el misterio de la palabra de Dios y la distribuye.

El Cuerpo Místico de Cristo del cual cada uno es miembro y responsable, y que crece hasta que llegue un día a la "medida del varón perfecto" (10).

Es ver el elemento humano de la Iglesia. Con sus pecados y miserias. Sus limitaciones e incomprendiones. Sus desgarramientos y divisiones, sabiendo que a través de los hombres pecadores circula sin embargo, el misterio del Reino de Dios, tal como crecen juntos el trigo y la cizaña hasta el día final de la cosecha.

Amar la Iglesia como Cristo la amó para hacerla "sin mancha y sin arruga". Sentir sus problemas. Compartir sus angustias. Trabajar por su extensión.

Comprender en visión de Iglesia a nuestro tiempo. Tomar conciencia que entramos en una nueva edad del mundo.

Darnos cuenta que la conciencia contemporánea de dimensiones planetarias que afirma su fe en la salvación del hombre por el hombre, lanza a la Iglesia un desafío temible, y que la respuesta a ese desafío, tal como los Pontífices lo han señalado, no es una Iglesia estática, aprisionada en formas históricas transitorias, sino una Iglesia misionera de cara al porvenir.

La Iglesia en estado de misión es realizar en rigor y en sus dimensiones humanas, ambientales y geográficas la consigna de Cristo: "Id y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo".

Os repito las palabras de un gran hombre de la Iglesia, el Cardenal Suhard (11):

"La Iglesia nos pide hoy dos cosas: pensar ampliamente y pensar rápido. Ampliamente, es decir, a la escala del universo. "No os contentéis con seguir; preceded. No seáis solamente discípulos, sino maestros. No basta imitar, hay que crear. Pero para esto hay que pensar rápido. Ya no existen los tiempos en que la cultura se elaboraba gota a gota en el laboratorio del alquimista o en la callada biblioteca de los claustros" (12).

"La Iglesia no puede cerrarse inerte en el secreto de los templos y desertar así la gran misión que le ha confiado la Providencia de formar al hombre completo.

A la obra, pues, y al trabajo. No permanezcáis inertes en medio de las ruinas. Os lo decimos del modo más formal: id adelante, trabajad en construir ese mundo nuevo. Depende de nosotros que sea o no cristiano" (13).

(10) *Ef.* 4, 13.

(11) Suhard Card. Arzobispo de París entre 1940-48. Desempeñó importante labor pastoral y fue iniciador de los sacerdotes obreros. Tiene tres famosísimas pastorales de Cuaresma en los últimos 3 años de su vida.

(12) Suhard. Card.: *Semains des Intellectuels Catholiques*.

(13) Suhard. Card.: *Essor ou déclin de l'Eglise*.

Pensar amplio, pensar rápido, pero, sobre todo, pensar profundo. No seducirnos por eficacias humanas perecederas, ni confundirnos por crisis históricas pasajeras. Sobre las ruinas de un mundo que al apartarse del Evangelio pierde su fermento, hay que construir uno nuevo donde las estructuras sociales sirvan al hombre y donde las bienaventuranzas evangélicas le den el sentido auténtico de la felicidad que busca.

Eso exige fidelidad a la doctrina y adhesión al magisterio de la Iglesia. Integridad de pensamiento y valor para transmitirlo. "No poner la luz bajo la pantalla a fin de que luzca ante los hombres" (14).

El cristiano está tanto más presente al mundo, cuanto más presente a Cristo. Tanto más adaptado a lo actual, cuanto más firme en lo eterno y lo absoluto. Tanto más activo y transformador en lo temporal, cuanto más auténtico evangélico en su mensaje y en su acción.

No es sacrificando la misión evangelizadora a la civilizadora como las estructuras se humanizarán y harán permeables a la gracia, sino sabiendo unir estas dos tareas inseparables del cristiano: presencia a Dios y presencia a los hombres.

No podemos aceptar la afirmación —y Pío XII nos advierte su error— "primero civilizar, después evangelizar", sino la que nos llega de lo más hondo de la tradición cristiana y de lo más rico de la acción misional de la Iglesia "civilizar evangelizando".

Para esto hay que realizar la unión estrecha de los elementos del apostolado cristiano y que hoy como nunca exige un mundo en estado de misión: sacerdocio y laicado.

Ambos unidos en sus tareas apostólicas y en su objetivo común: construir la ciudad de Dios. Pero cada uno realizando la vocación propia que su deber de estado le señala. El Sacerdote interviniendo más allá de sus competencias en tareas laicales, engendra el clericalismo. El laico cambiando su dependencia jerárquica, en querer asumir tareas en el campo de la doctrina o de la acción que pertenece a "aquellos a quienes el Espíritu Santo puso a regir la Iglesia de Dios" (15) (los obispos), engendran los más peligrosos abusos y deformaciones.

"El laicado no tiene aún plenamente su lugar en la Iglesia, como el sacerdote no tiene aún plenamente su lugar en el mundo. Ahora bien, para que haya presencia real del laicado en la ciudad temporal, en cuanto cristiano, es necesaria la presencia del sacerdote en la vida del laico en cuanto sacerdote.

Ni laicos al servicio del sacerdote, ni sacerdotes al servicio del laico, sino sacerdotes y laicos al servicio de la Iglesia" (16).

Sacerdotes y laicos deben comprender su función en la Iglesia y cumplirla en todas sus dimensiones. Deben ser el primado de la evangelización sobre la organización. No fijarnos sólo en los resultados externos de una

(14) *Mt.* 5, 15.

(15) *Hch.* 20, 28.

(16) Retif. P. Sacerdote de los "Hijos de la Caridad", conocido por sus experiencias y escritos pastorales. Obra citada, Retif, "*Pour une Eglise en état de mission*".

obra, sino también en su espíritu visto a la luz del Evangelio. Está bien y es necesario llevar estadísticas, distribuir ayudas, etc., pero es más urgente aún el preguntarse en qué medida avanza a través de eso el Reino de Dios y se revela a los que ignoran el rostro de la Iglesia.

Una gran revisión de métodos apostólicos y de formas de organización se impone a la luz del primado de la Evangelización.

Tal es nuestro primer deber.

Someterse a Dios. A la realidad divina que se nos manifiesta en Cristo. A la presencia de Cristo que nos llega por la Iglesia.

Lo primero que se nos pide es vivir con toda su hondura y extensión la riqueza de nuestra fe, la promesa de nuestra esperanza y la fuente inagotable de nuestra caridad.

“La victoria que vence al mundo es nuestra fe” (17).

“Es preciso centrar en Cristo todas las cosas, las del cielo y las de la tierra” (18).

“Haciendo la verdad en el amor hay que crecer en Aquel que es la Cabeza: Cristo” (19).

Lo hemos afirmado. Lo volvemos a repetir. El lema de la hora es:

“Someterse a Dios o perecer” .

Hay que estar firmes en la doctrina, acabo de decir.

Pero es menester inmediatamente añadir:

Hay que estar íntegros en la vida.

Someterse a Dios es aceptar su ley.

Cristo nos ama y nos llama a participar en su reino. Al aceptar su llamado —nuestra vocación cristiana— nos hacemos solidariamente responsables con El. De ahí la necesidad de practicar su ley y de ajustar nuestra vida a sus mandamientos. Los mandamientos de Cristo, su ley moral, son las palabras vivientes que El nos dirige para que realicemos conjuntamente su designio salvador.

El cristiano, según San Pablo, “lleva en él a Cristo como una ley” (20).

La raíz de su conducta terrena es interna. No cae en un fariseísmo que se satisface con las apariencias y olvida el fondo. Ni con el mero cumplimiento formulista de la ley, que prescinde del amor que debe inspirarla. No es el temor a la pena lo que lo mueve, sino la coherencia interna y total a la respuesta que ha dado a Cristo de seguirlo.

Lo que se pide a los cristianos es que vivan su fe y la transformen en un estilo de vida cristiana.

No se les pide tanto, palabras, “manifiestos” o “condenaciones”, sino una vida que refleje en actitudes la médula evangélica que existe en ellos.

En otras palabras, se les pide que sientan y pesen la responsabilidad de sus actos.

Que tengan en forma muy honda la responsabilidad ante su conciencia, norma práctica de todo el obrar humano. El imperio de la conciencia en

(17) *1 Jn.* 5, 4.

(18) *Ef.* 1, 10.

(19) *Ef.* 4, 15.

(20) *Cfr. Ga.* 2, 16 - 17.

la vida individual y social es la condición primera de cualquier restauración que se pretenda.

Responsabilidad ante su vida, coherente con su fe. Un **estilo de vida** cristiano es la expresión práctica de esta responsabilidad.

Responsabilidad ante la comunidad cristiana, la Iglesia, de la cual forma parte como miembro viviente. El cristiano lleva consigo a la Iglesia. La compromete en sus actos. Hace ver su rostro auténtico o lo desfigura a través de su propia vida. "Es por el laico como la ley moral se inscribe en la ciudad terrestre" (21). Es por nosotros como los hombres que están en el mundo palpan la realidad del Mensaje.

Responsabilidad ante la comunidad humana, de cuyos problemas es doblemente solidario, en virtud de su deber cívico y cristiano. El católico es miembro de la Iglesia, pero es al mismo tiempo ciudadano del mundo. Con *Tertuliano* (22) ha de saber repetir a cada instante: "Soy hombre y nada de lo que es humano lo repudio extraño a mí". El cristiano es el hombre del bien común sobre el individual, la mirada amplia sobre la estrecha, del abrazo fraternal sobre el egoísta "¿a mí qué me importa?". Precisamente porque comprende y vive su solidaridad sobrenatural de miembro del Cuerpo Místico de Cristo, es capaz de vivir su solidaridad sobrenatural en la comunidad humana. La raíz de toda solidaridad para el cristiano reposa ahí.

Un estilo de vida que sea signo.

Los hombres se entienden por signos.

Pero exigen de éstos que expresen la realidad que quieren significar.

Si la palabra dice algo diverso o contrario de la verdad, esa palabra es mentira.

Si el gesto amistoso no es más que convencionalismo y esconde odio, ese gesto es hipocresía.

Si la señal respetuosa de disciplina encubre rebeldía, esa señal es falsa.

Igualmente nuestras vidas. Tiene que ser signos de lo que creemos, amamos y esperamos.

Nuestro estilo de vida, ha de decir si creemos en el Cristo del Evangelio que nos llama a seguirlo, o en un Cristo que nosotros nos fabricamos para cubrir nuestro egoísmo y codicia.

Si esperamos de Dios, de su gracia, de la fuerza de su palabra, del dinamismo de la Redención, la solución a los problemas; o en cambio, la esperamos de la fuerza, del oro, de la astucia o del poder humano.

Si amamos lo que Cristo amó, la Cruz, la humildad, los pobres y los que sufren. O amamos el placer ante el cual sacrificamos honra, familia y prójimos para convertirnos en los modernos paganos que pretenden, sin lograrlo, encubrir su paganismo colocando un signo religioso que contradice con la realidad de sus vidas.

La vida cristiana es un llamado; Cristo por su Iglesia lo formula.

La vida cristiana es una respuesta; nosotros la damos con todos nuestros actos.

(21) Pío XII.

(22) En realidad la cita es de Terencio.

El llamado y la respuesta engendran la responsabilidad del cristiano ante su conciencia, ante su vida, ante la comunidad cristiana y ante el mundo.

Esa responsabilidad se expresa en un estilo de vida cristiano.

Ese estilo es nuestro signo ante el mundo.

El signo tiene que ser íntegro y totalmente verdadero y auténtico.

De lo contrario es mentira, hipocresía, farsa.

Ese estilo es el que tenemos que asumir en todas sus dimensiones; la vertical hacia Dios, la horizontal hacia nuestros hermanos, la profunda hacia las raíces de nuestra existencia.

Es la que el Evangelio nos señala:

“El que quiere venir tras de Mí, niéguese a sí mismo, tome su Cruz y sígame” (23).

“Amarás al Señor tu Dios sobre todas las cosas” (24).

“Amaos como yo os he amado” (25).

“En esto conocerá el mundo que sois mis discípulos; en el amor mutuo que os profeséis” (26).

Hay que vivir la vida en un espíritu “nuevo” en el sentido evangélico de la palabra.

Hay que cambiar el hombre viejo, egoísta y sensual.

Viviendo ese espíritu “nuevo” seremos los constructores del Reino de Dios.

- IV -

Someterse a Dios o perecer.

Es el dilema de esta hora.

Es la consigna del cristiano frente al mundo actual.

Hemos dicho anteriormente que esto significa:

1. Firmeza en la doctrina;

2. Integridad en la vida.

Debemos agregar un tercer y último deber:

TOMAR CONCIENCIA DE LA HORA DEL MUNDO Y DE LA IGLESIA.

Muchos cristianos no la tienen o no quieren tenerla.

Siguen pensando que nada o casi nada ha pasado en los últimos 30 años.

Y sin embargo, la Iglesia ha hablado con extraordinaria clarividencia.

Los Romanos Pontífices y los Obispos, es decir la Iglesia docente, la que enseña el Mensaje y lo adapta a los problemas cambiantes de la historia, lo ha dicho con especial insistencia y firmeza.

“Somos no sólo los espectadores, sino los actores de la tragedia que debe revolucionar el mundo” (27).

(23) *Lc.* 9, 23.

(24) *Mt.* 22, 37.

(25) *Jn.* 13, 34.

(26) *Jn.* 13, 35.

(27) *Pto* XI.

Cinco hechos señalan estos cambios:

- a) El aumento de la población mundial: la explosión demográfica.
- b) El desarrollo extraordinario de la ciencia y de la técnica: entramos en la era atómica y espacial.
- c) La desacralización del mundo: la cultura toma un carácter profano.
- d) La emancipación de los pueblos de color: la era colonialista termina.
- e) El comunismo: la ideología marxista se enfrenta al mundo del siglo XX y penetra en él con fuerte ímpetu.

No podemos cerrar los ojos ante estos hechos ni tampoco atemorizarnos ante ellos.

El Cristianismo sabe aceptar el desafío de la historia.

“Un mundo nuevo, un mundo mejor ordenado en su estructura jurídica, un mundo más equitativo y más sano, en el cual los hombres se consagren a suprimir las injusticias y a buscar los motivos de acercamiento fraternal más que razones de discordia o de rencor” (28).

Sabe que “mientras el mundo gira, la Cruz permanece”.

Lo importante es que nosotros sepamos oír y comprender esa voz de Dios que nos habla.

Todos los hechos señalados anteriormente envuelven sus graves peligros, pero acusan un deseo apasionado de promoción humana.

Hay que saber leer los signos de los tiempos y darles su respuesta cristiana.

El reproche evangélico suena preciso:

“Al crepúsculo decís: va a hacer un buen tiempo porque el cielo está arbolado; y a la aurora: hará mal tiempo hoy día porque el cielo está oscuro. Sabéis, así interpretar bien el rostro del cielo y no sois capaces de interpretar los signos de los tiempos” (29).

Esos signos nos exigen una respuesta y una solución.

La Iglesia la ha dado. Pero los hombres, con frecuencia, no han querido escucharla ni aplicarla.

Habló León XIII. Y Pío XI nos dice cómo fue recibida por muchos su palabra.

“Recibieron con recelo y hasta con escándalo la doctrina de León XIII, tan noble y tan profunda, y que a los oídos mundanos sonaba como totalmente nueva”.

(28) Pío XII; 8 - I - 1945.

(29) Mt. 16, 3 - 4.

"Los aferrados con demasía a lo antiguo desdefiaron aprender esta nueva filosofía social y los de espíritu apocado temieron subir hacia aquellas cumbres".

Tampoco faltaron quienes admiraron aquella claridad, pero la juzgaron como un ensueño de perfección, deseable más que realizable" (30).

Habló *Juan XXIII*, en la Encíclica "Mater et Magistra", pero como el mismo Papa acaba de decirlo "la efectividad de la Madre, depende de la generosa fidelidad de los hijos" (31).

¿Somos fieles a esas directivas que nos dan la visión del mundo y de la Iglesia en esta segunda mitad del siglo XX?

"He leído, dice un notable escritor español, en un diario suizo que la *Mater et Magistra* debe ser ante todo un instrumento en nuestras manos. Esto es exacto. Y esta encíclica resume todo el espíritu de un siglo cristiano que comienza a dejar a un lado la espada y se pone a estudiar los instrumentos", que abandona la palabra "defensores" por la de "constructores", que quiere poner en práctica las palabras de Pío XII: "No quejas, sino acción".

El Papa nos ha puesto entre las manos un instrumento. No hay insulto más grande hacia un instrumento que el declararlo precioso y dejarlo dormir" (32).

La humanidad afronta una etapa decisiva de su historia. Posibilidades incalculables se abren ante ella.

Al mismo tiempo comprueba sus terribles debilidades.

Esperanza y temor. Un porvenir optimista o desoladoras amenazas.

¿Tenemos conciencia de ambas?

¿Nos damos cuenta que el hombre moderno busca por todas las formas los caminos de su desarrollo y de su liberación?

De otra parte; ¿nos damos cuenta de la tragedia del mundo, de la cual Chile es un capítulo?

Oigamos al Cardenal Feltin, Arzobispo de París (33):

"En un mundo que cuenta un hombre más por segundo, no hay el derecho de estar una hora en retraso".

"La miseria no espera; dos hombres por cada tres, tienen hambre. Casi un hombre por cada dos no sabe leer. Cada año por 50 millones de muertos, hay de 30 a 40 millones provocados por el hambre y sus consecuencias, es decir, tanto como en la última guerra en cinco años con su arsenal de destrucción masiva".

(30) Pío XI: *Quadragesimo Anno*.

(31) Juan XXIII: Noviembre 1961.

(32) P. Martín Descalzo: *Gaceta del Norte*, 23 - VIII - 61.

(33) Feltin, Cardenal Maurice: Nació cerca de Besancon el 15 - V - 1883. Ordenado sacerdote en 1909. Consagrado Obispo el 11 - III - 1928, se hizo cargo de la Arquidiócesis de París el 15 - VIII - 1949. Nombrado Cardenal por Pío XII el 12 - I - 1953. Renunció al cargo de Arzobispo el 21 - XII - 1966.

"Más grave aún es el hambre espiritual y moral, que tortura continentes enteros. A cada uno de nosotros se dirige la terrible pregunta: "Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?". Si no somos directamente criminales, ¿aceptaremos ser condenados por delito de omisión? ¿Qué vas a hacer por tu hermano? He aquí el interrogante solemne que Dios pone a nuestra generación" (34).

En cambio con frecuencia cerramos los ojos a la realidad del mundo y los oídos a la voz de la Iglesia.

Se prefiere ir a buscar en movimientos vagos, neutros o de dudosa ortodoxia, la solución que la Iglesia ofrece.

En el fondo, porque no estamos dispuestos a realizar los sacrificios que la aplicación íntegra y fiel de las enseñanzas pontificias en materia social exigen y las reformas que ellas implican.

Parece que no hubieran sido dichas para nuestro siglo las palabras de *Pío XI* y *Pío XII*:

"Las condiciones actuales de la vida económica y social son tales, que un número muy considerable de hombres encuentran en ellas las más grandes dificultades para realizar la obra de su salvación eterna" (35).

"La Iglesia no puede ignorar ni rehusar de ver que el obrero, en su esfuerzo por mejorar su situación, se choca con todo un sistema que lejos de ser conforme a la naturaleza, está en oposición con el orden de Dios y con el fin asignado por El a los bienes terrestres" (36).

¿Podemos, ante estos juicios permanecer impasibles y seguir defendiendo actuaciones que no sólo no corresponden al orden divino sino se le oponen?

"Es todo un mundo el que hay que reconstruir desde sus bases para transformarlo de selvático en humano y de humano en divino" (37).

No podemos ignorar lo que el mundo aguarda y lo que la Iglesia pide a sus hijos en esta hora.

El mundo espera a Cristo. En medio de sus inquietudes, angustias y convulsiones, el mundo, consciente o inconscientemente tiene hambre de Evangelio.

"Nuestra época está agobiada y penetrada de errores radicales, está desgarrada y alterada con profundos desórdenes; pero es también una época que abre inmensas posibilidades al espíritu combativo de la Iglesia" (38).

S. S. Juan XXIII nos invita a cooperar en la "edificación de una Ciudad Nueva, junto a la antigua fuente de la gracia y de la verdad" (39).

El mundo espera un orden a la medida de él y a la altura de Dios. Nuestro deber es trabajar por su advenimiento.

(34) Feltín, Cardenal: Geneve, 11 - XII - 1960.

(35) Pío XI: *Quadragesimo Anno*.

(36) Pío XII: 24 - XII - 1942.

(37) Pío XII: 10 - XI - 1952.

(38) Juan XXIII: *Mater et Magistra*.

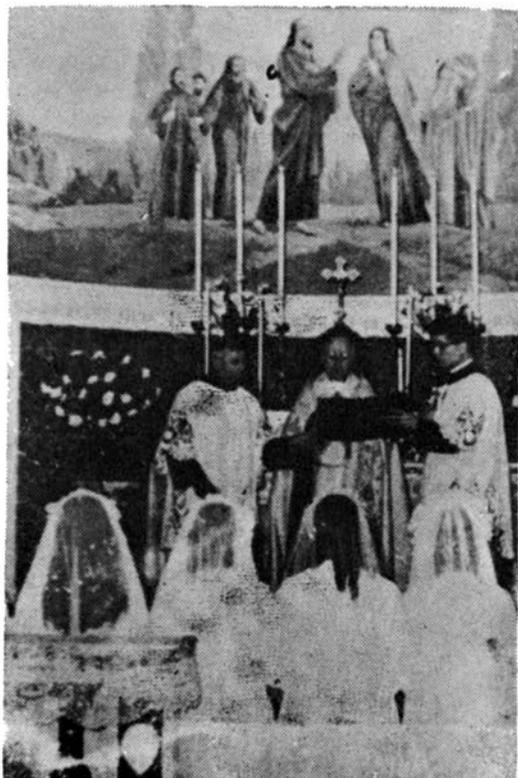
(39) *Ibid.*



La palabra y el signo, juntos en la liturgia.

Arriba: Cáliz que habitualmente usaba el Obispo.

A la derecha: Presidiendo ceremonia de religiosas de Sta. Marta.



La tarea es inmensa. Pero es posible.

Es un nuevo capítulo de la historia que a nuestra generación le corresponde realizar.

"No tenemos derecho a ser mediocres". Ni a temer las dificultades. Ni a arredrarnos ante los sacrificios.

Es el misterio de Belén que continúa.

Hay un éxodo de la humanidad que busca salir de la esclavitud y llegar a la tierra prometida. Todo éxodo es un pasar por el desierto, en el caminar sobre la arena candente y las piedras calcinadas, pero es un avanzar hacia adelante.

La Iglesia sabe que habrá que atravesar por duros momentos, que habrá de despojarse de mucho a lo que estábamos apegados, que habrá de peregrinar por horas oscuras y tierras inhóspitas. Pero la Iglesia ha hablado en su doctrina social. Ha dado el sentido de la historia. Va a hablar en su próximo Concilio donde, al decir de Juan XXIII, renovará su eterna juventud. Ella es el Moisés que nos guía hacia la tierra fértil de Canaan.

No temamos. Hay quienes se amedrentan ante el peligro. Son los mismos que han contribuido a provocarlo. Que se espantan ante las soluciones de la Iglesia, y murmuran como el pueblo israelita en su peregrinación por el desierto. Que olvidan la palabra del Evangelio:

"Buscad ante todo el Reino de Dios y su justicia" (40).

Os entrego al terminar, dos mensajes de optimismo. Pero de optimismo cristiano, es decir, de esfuerzo, trabajo y esperanza.

Poco antes de su muerte, Pío XI, el Papa de la "fe intrépida", hablaba al *Cardenal Verdier* (41), Arzobispo de París y le decía estas palabras:

"Hijo mío, la crisis que vivimos es única en la historia".

"Un mundo debe brotar del surco en que hierven en la hora actual tantas energías contrarias. En cuanto a nosotros, agradezcamos a Dios cada día el habernos hecho vivir en las actuales circunstancias".

"Ante todo, hay que estar orgullosos de ser los testigos, y aún más, los actores de esta tragedia que va a transformar al mundo. Todos los hombres de buena voluntad tienen el deber imperioso de soñar que tienen una misión que llenar; la de ser mejores los unos para con los otros y hacer lo imposible cada uno dentro de sus límites de actividad, para mejorar la suerte de la humanidad.

Será el honor de esta generación, si comprende su misión, el haber ayudado piadosamente a mejorar su suerte.

Yo estoy seguro que después de las peripecias, que yo no puedo prever, ella saldrá más hermosa y mejor adaptada a las necesidades de los tiempos presentes. A nadie, quien quiera que sea, le es permitido el ser mediocre".

Y haciendo eco a estas palabras, pocos meses antes de su muerte, Pío XII, con espíritu profético, hablaba de una primavera cristiana en el mundo.

(40) Mt. 6, 33.

(41) Verdier, Cardenal: Nacido en 1864.

¿Podemos recordaros que tras de nosotros hay un oscuro invierno y que delante de nosotros se abre un verano de luz? ¿Podemos invitaros a vivir con el más gran cuidado la primavera que Dios va a dar a la Iglesia?

“El sombrío invierno ha pasado. Pocas personas quizás se den cuenta de la noche que ha envuelto al mundo, del frío glacial que lo ha tornado árido y ha hecho perecer innumerables gérmenes de vida... Pero si detrás de nosotros queda el invierno, delante de nosotros está el verano, prometedor, luminoso, fecundo. La primavera histórica se ha iniciado a pesar de nubes, vientos y tempestades. El verano histórico radiante ya se dibuja sobre el horizonte no lejano de la Iglesia y de las naciones, sobre el horizonte de la historia total del mundo”.

Y el Papa, anciano de 83 años, ya casi agonizante, termina su profético mensaje:

“Como en la primavera, así en la que se acerca no faltarán ni los vientos ni las tempestades; la Iglesia no ha terminado su martirio.
“Tomad para vosotros nuestra esperanza y decid a todos que estamos en una primavera de la historia. Dios quiere sea una de las más bellas primaveras que los hombres han visto jamás. Dios quiera sea uno de los inviernos más largos y más duros” (42).

Palabras de esperanza que a más de alguno pueden sonar a ilusión.

Pero palabras de esperanza miradas a la luz del misterio de Cristo Crucificado, vencedor de la historia.

Que Navidad despierte en nosotros esas esperanzas.

Que la sencillez de Belén nos conduzca a las fuentes de la felicidad verdadera.

Que Navidad nos recuerde nuestra misión y nuestro destino humano y cristiano.

Nuestra vocación de constructores de un orden nuevo. Nuestro sano optimismo que vence la cobardía, el pesimismo y el temor.

Frente al misterio de Dios hecho hombre, vuestro Obispo y amigo, ora por vosotros y con sus brazos extendidos implora:

La paz de Cristo en vuestros corazones, en vuestras familias y en vuestras vidas.

(42) Pío XII: 19 - III - 1953.

MENSAJE DE NAVIDAD (1)
LA PAZ Y LA BUENA VOLUNTAD
(25 - XII - 1962)

La canción de la paz suena de nuevo en el mundo: "paz a los hombres de buena voluntad" (2).

Es el gran anhelo del hombre de hoy. La Paz. Pero una paz verdadera, íntima, total, profunda.

Esa paz es la que imploramos en estos días a Cristo, "Príncipe de la Paz" (3). La paz no es una cosa gris, amoría, pasiva. Es un acto positivo, enérgico de construcción en común. Los "pacíficos" según el lenguaje evangélico, no son los tranquilos, los que no se comprometen, los que a todo dicen sí, los que resuelven los problemas con un encongerse de hombros y repetir: ¿qué le vamos a hacer?", sino como el mismo Evangelio lo declara: "los artesanos de la paz" (4). Ellos serán llamados, afirman las bienaventuranzas "hijos de Dios".

Esa es la paz que todos anhelamos en este día, "la tranquilidad en el orden". Pero, notemos bien que el orden no es algo externo, ficticio, impuesto o aceptado a regañadientes. El orden tiene como base la justicia y como amalgama fundamental el amor.

Habrá orden, donde la justicia social reine y donde el amor fraternal impere. "Paz a los hombres de buena voluntad" (5).

La paz no se promete a cualquiera, sino a los "hombres de buena voluntad". Los hombres de buena voluntad son los que quieren frenar el egoísmo. Todas las luchas y tensiones sean sociales o internacionales, nacen del egoísmo. Pensar en sí, sin pensar en los otros. Buscar su propio bien y no el común. Pasar indiferentes ante el dolor ajeno. Olvidar la realidad social para encerrarse en su propia satisfacción.

Todos, quienes más, quienes menos, adolecemos de egoísmo.

La Navidad nos llama a superarnos.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 1.

(2) *Lc.* 2, 14.

(3) *Is.* 9, 6.

(4) *Mt.* 5, 9.

(5) *Lc.* 2, 14.

No seremos hombres de buena voluntad y como consecuencia no tendremos paz sin sacudirnos de nuestras vidas, de nuestros juicios, de nuestras actitudes, el egoísmo fundamental que nos corroe.

Los hombres de buena voluntad son los que quieren que una amplia corriente de solidaridad humana y cristiana circule por la patria y por el mundo.

Solidaridad que alcance a todos los aspectos de la vida, personal y familiar, económica y social e internacional.

Es a base de esa solidaridad llevada al sacrificio, como habrá verdadera paz. Y eso exige amor. Mucho amor. Amor a Dios Padre que al hacernos sus hijos nos constituye en hermanos.

Amor a Cristo, que al redimirnos en su dolor nos da el argumento perfecto de su caridad.

Amor a nuestros hermanos, a todos sin excepción, porque a Cristo lo encontramos en el rostro de nuestro prójimo. Y lo "que hacemos al más pequeño de nuestros hermanos, lo hacemos a El", según sentencia del Evangelio (6).

Amor a los pobres. Oigamos al Papa:

"Frente a los países subdesarrollados, la Iglesia de todos, particularmente la Iglesia de los Pobres" (7).

La frase de Juan XXIII sacudió al Concilio como un gran estremecimiento. Todos debemos esforzarnos en hacerla realidad. Así seremos hombres de buena voluntad.

No caigamos en las fáciles tentaciones de acciones negativas fruto del miedo o de medios violentos, hijos de la prepotencia o del orgullo. Así no seremos hombres de buena voluntad.

Paz a los hombres de buena voluntad. ¿Cómo realizarla?

El Episcopado chileno hizo el 18 de septiembre último un llamado colectivo a mirar la realidad nacional y abordar en sentido de justicia y de amor esos problemas.

Ese llamado ha sido confirmado por múltiples declaraciones conciliares. Ha sido aplaudido sin reservas por prelados de todo el mundo.

Es un llamado a la paz verdadera. Está dirigido a todos los hombres de buena voluntad.

Sin miras pequeñas, sin acepción de personas o de grupos, sin interés terreno, buscando sólo y únicamente "el reino de Dios y su justicia" (8). Hoy reitero ese llamado. Hoy, junto a la cuna del Niño, invito a mis diocesanos a meditar sin pasión, a cumplir sin egoísmo, a realizar sin dilación lo que en ese documento se señala.

Es el eco del mensaje de Navidad.

Es la señal de nuestra verdadera adhesión a Cristo y a su Iglesia. Es el único camino de la paz. Es el llamado reiterado que resonó en Belén hace 1.962 años a todos los hombres de buena voluntad.

(6) Cfr. Mt. 25, 34 ss.

(7) Jn. XIII: 11 - IX - 1962.

(8) Mt. 6, 33.

MENSAJE DE NAVIDAD (1)
LA VIDA SEGUN CRISTO
(25 - XII - 1963)

Navidad es la fiesta de Cristo que nace.

Es el recuerdo de la hora en que la gran esperanza de la humanidad fue cumplida.

Es la prueba tangible y constante de que Dios nos ama y desea estar presente en nuestras vidas.

En esta Navidad de 1963, quiero que mi saludo vaya a todos los habitantes de la Diócesis.

Saludo que diga a todos lo más grande y definitivo que un Obispo puede desear y ofrecer: que Cristo llegue a cada uno de vosotros a traeros la alegría y la paz que solamente El puede dar.

Que llegue su Verdad. La Palabra de su Evangelio, la fuerza de su doctrina, la luz de su Mensaje eterno.

Que llegue su Vida. La que El nos devolvió en la Cruz cuando estábamos muertos por el pecado y nos alcanzó al resucitar glorioso para que tengamos "vida abundante" (2). La Vida que está en su Eucaristía donde "el que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna" (3).

Que llegue su Justicia. La que se encierra en el Evangelio y se explica y determina en las enseñanzas sociales de su Iglesia.

Que llegue su Amor. Para que los odios cesen, los corazones se enciendan y reine entre todos la paz prometida en esta noche a los hombres de buena voluntad.

En esta Navidad, yo repito a todos la invitación hecha a Abraham y a los Patriarcas:

"Levanta tu mirada, y ve" (4).

Levantemos nuestra mirada.

Los hombres necesitan de Dios. No se puede edificar un pueblo sobre la negación o el olvido de Dios y de su ley.

No se puede prescindir de Cristo y de su enseñanza.

No se puede vivir como si Cristo no hubiera venido para traernos la salvación.

Levantemos nuestra mirada y veamos.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 1.

(2) *Jn.* 10, 10.

(3) *Jn.* 6, 55.

(4) *Gn.* XIII, 14.

Lo que se quiso edificar sobre el olvido de Cristo se derrumba.

El mundo busca nuevas rutas.

El hombre quiere encontrarse con sí mismo. Quiere dialogar con todos los hombres.

Y al encontrarse con sí mismo, encuentra la imagen de Dios en el fondo de su ser.

Y al dialogar con todos los hombres, abre su espíritu al mandato supremo de la Ley: "amaos los unos a los otros" (5).

Que Cristo venga a nosotros.

Que iluminados por su luz comprendamos el deber de trabajar por hacer un mundo más feliz, más justo, más pacífico.

Que sostenidos por su gracia, marchemos por el camino que él nos traza.

Que encendidos por su amor, nos hagamos cada vez mejores servidores de nuestros hermanos, de los que sufren, de los que fatigan, de los que están cansados y agobiados por las miserias de la vida.

Que Cristo nazca en cada uno de nuestros corazones, en cada uno de nuestros hogares y en toda la comunidad humana que forma esta Diócesis.

Es el saludo y la plegaria de vuestro Obispo y servidor.

(5) *Jn.* XIII, 34.

MENSAJE DE NAVIDAD
PAULO VI EN BELEN
(1963)

"Vamos hasta Belén" (1) fue el grito de los pastores atónitos ante el angélico mensaje navideño.

Navidad es el momento de la historia en que el encuentro perfecto del hombre y Dios se hizo realidad. En esa noche callada de diciembre "los cielos destilaron miel" (2). La vara brotada del tronco de Jesé abrió su flor. Los ángeles transmitieron a los asombrados pastores su nueva de gozo: "Os anuncio una gran alegría, que es para todo el pueblo. Os ha nacido hoy un Salvador que es el Cristo Señor en la ciudad de David" (3).

(1) *Lc.* 2, 15.

(2) Oficio antiguo de la Navidad del Señor. Responsorio después del 1er. nocturno.

(3) *Lc.* 2, 10-11.

Y mientras sobre la campiña dormida resonó el cántico cuyo eco aún no se extingue, los pastores respondieron con la fe de los humildes marchando hacia Belén.

En esta Navidad 1963, la humanidad ha recibido otro mensaje, eco del primero; la peregrinación de Su Santidad Paulo VI a Tierra Santa.

Porque, fijémosnos bien, no es un viaje ni de intereses humanos, ni de solaz, ni de turismo; es una peregrinación "de fe, de ofrecimiento, de búsqueda y de esperanza", como el mismo Santo Padre la ha definido.

No va en misión diplomática a ninguna nación determinada, sino a "Tierra Santa", la Cuna de Cristo, el lugar físico de la Redención, el marco humano y geográfico donde "la alegre nueva" resonó para todos los tiempos y para todos los hombres de buena voluntad.

Pero, Su Santidad Paulo VI, no irá solo a Tierra Santa. Este viaje histórico tiene un significado para cada uno de nosotros.

Es el signo visible de la Iglesia peregrina que camina en la tierra en busca de la Jerusalén definitiva. Es el signo de la Iglesia del Vaticano II que va en busca del mundo moderno y quiere encontrarlo en el centro histórico de donde partió hace 20 siglos su dinamismo evangelizador.

Es el llamado a todos los hombres a comprender que la humanidad solamente encontrará su meta en la restitución de los valores que cada uno de estos sitios santos representa.

Belén es el desasimiento de los bienes terrenos frente al espíritu de lucro y codicia que invade el mundo.

Nazareth, es la humildad de los medios cristianos frente al poderío de las armas. Es el retorno a los grandes valores del hogar cristiano frente a la disolución de la familia. Es la oración silenciosa frente al activismo.

El Gólgota, es el sentido de la austeridad, del sacrificio y del deber, frente a la moral "hedonista" del gozo y del placer. Es la **pobreza de la Cruz** y el sentido redentor del sufrimiento.

La Colina de las Bienaventuranzas, es el llamado a buscar la felicidad donde Dios la puso. Felices los pobres en el espíritu; los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los perseguidos por amar la justicia, los artesanos de la paz. Ellos serán los que poseerán la tierra, los que serán consolados y saciados, los que alcanzarán misericordia, los que verán a Dios, los que poseerán el Reino de los Cielos.

La visita del Papa a Tierra Santa es signo de nuestra liberación interior para alcanzar la libertad en la verdad. Hay un "éxodo" de la humanidad que busca salir de la esclavitud del mal para llegar a la tierra prometida; la santidad.

Ante un mundo nuevo, la Iglesia nos ha dado para construirlo su doctrina social "necesaria y obligatoria". Para aplicarla habrá que despojarse de mucho a lo que estábamos apegados, peregrinar en medio de horas históricas oscuras y tierras inhóspitas o contrarias. Todo éxodo es siempre un pasar por el desierto, caminar sobre la arena candente y calcinada, y avan-

zar hacia la fértil tierra de Canaá "donde se edifica la Ciudad Nueva junto a la antigua fuente de la gracia y de la verdad" (4).

El viaje de Su Santidad Paulo VI tiene el valor de la arenga de Moisés mostrándonos la meta.

Cada cristiano, desde el rincón donde vive, debe acompañar a Paulo VI en su peregrinar cargado de significación y de esperanza.

Belén, Nazareth, el Gólgota, El Sermón de la Montaña, no deben ser para nosotros solamente lugares geográficos visitados por el Papa, de lo cual nos informará con múltiples detalles la prensa. Debe ser la gran peregrinación colectiva del pueblo de Dios unido a su Cabeza Visible. El gran llamado de la renovación cristiana de nuestra existencia es nuestra confrontación con el Evangelio, a fin de renovarnos internamente y en nuestro estilo de vida.

Que los días de la peregrinación de Su Santidad Paulo VI sean los días de nuestra peregrinación espiritual.

Que América Latina, el continente de la angustia y de la esperanza, realice la marcha espiritual a Tierra Santa.

Que la invitación de los pastores, encuentre en esta hora pleno eco: "Vayamos a Belén".

Que la peregrinación histórica de Paulo VI sea nuestra peregrinación.

Ella es, en el marco del Vaticano II, el cumplimiento de la palabra profética de Pío XII:

"La primavera histórica se ha iniciado, a pesar de nubes, vientos y tempestades. El verano histórico radiante ya se dibuja sobre el horizonte no lejano de la Iglesia y de las naciones, sobre el horizonte de la historia total del mundo" (5).

"Vayamos hasta Belén" con Paulo VI en la gran peregrinación histórica del mundo nuevo.

No en vano terminará en la Epifanía. En su luz contemplaremos a la Iglesia como signo de salvación levantado en medio de los pueblos.

(4) Juan XXIII: *Mater et Magistra*.

(5) Pío XII: 19 - III - 1958.

MENSAJE DE NAVIDAD UN EXAMEN DE CONCIENCIA

Navidad, como ninguna otra fiesta, produce un clima de alegría, de luz y de esperanza. No hay hogar por humilde que sea, donde a pesar de la precariedad de los medios, deje de sentirse ese "algo" misterioso que el recuerdo del nacimiento del Hijo de Dios encierra. Se intercambian saludos, se reparten juguetes. En fin, es un día en que mucho se olvida y también se recuerda.

Y es precisamente al recuerdo a lo que queremos llegar en este artículo. Un recuerdo que sea al mismo tiempo examen de nuestra conciencia cristiana frente a los problemas de todo orden que expresa nuestro mundo.

Chile vive un momento difícil en la historia, y no sería honrado cerrar los ojos a esta realidad, como tampoco lo sería el reaccionar negativamente para abandonarse inerte a la desesperación.

Hay mucha miseria, moral, espiritual y física. Hay hambre y hay desocupación. Carecemos de escuelas, de habitaciones dignas, de salarios suficientes. Hemos perdido en distintos órdenes el sentido de los valores, y no pocas veces asignamos una importancia desmesurada a posiciones, ideas o propósitos que en el fondo no lo merecen.

Gastamos esfuerzo y dinero en obras o empresas que considerando el bien común de todos, y un cierto orden de urgencia en la magnitud de las exigencias de orden humano, podrían postergarse. Por el contrario, con frecuencia posponemos con visión más bien materialista, una serie de iniciativas que conducirían a procurar algo de bienestar y felicidad a un sector muy amplio de nuestros hermanos.

Porque no debemos olvidarlo, Navidad es la fiesta de la fraternidad humana, de la encarnación de Dios en nuestra naturaleza, sin distinción de razas, de castas o de orígenes sociales. Es la fiesta de la dignidad humana, y esa dignidad no es privativa de unos pocos, sino el patrimonio de todos.

Miramos con terror, con miedo que se trasluce claramente, el avance de doctrinas extremistas. Y ese temor nos nubla los ojos y nos impide ver con nitidez, con virilidad que hay mucho de egoísmo en nuestra actitud. Pensamos más en nosotros, que en los "otros". Tornamos la mirada a épocas pretéritas y cerramos nuestro corazón al creciente clamor de justicia que con expresiones y síntomas diferentes nos salen al paso. Preferimos acallar nuestra conciencia con mínimas concesiones que no alteran nuestra vida, y nos revelamos con orgullo frente a las exigencias de un pueblo que toma rápidamente posiciones y reclama sus derechos.

Hemos jugado con las palabras hasta exprimir las de su verdadero sentido y significación y cuando quisiéramos emplearlas con sinceridad y convicción nos damos cuenta que su valor intrínseco ha sido desvirtuado y su poder pulverizado por la traición de nuestra propia vida.

Queremos que nos tengan confianza, sin reparar que durante mucho tiempo no hemos hecho otra cosa que sembrar el recelo dividiendo más que uniendo.

Confundimos, lamentablemente, lo que es necesario y debe preservarse y conservarse, con lo que es accesorio y debe reformarse. En uso de una libertad mal concebida hemos discutido tanto y puesto en tela de juicio la autoridad, que aún cuando se trata de la Iglesia nos permitimos hacer distinciones según nuestras preferencias, truncando su palabra y su mandato.

La política nos apasiona, y sólo en ella fincamos nuestra esperanza y el triunfo. Olvidamos que las doctrinas económicas y políticas pasan, y que lo que pudo ser valedero en una época, ya no tiene sentido ni vigencia en la actual. Vivimos, abrazados a cadáveres, sin recordar que el único cadáver que el cristiano abraza es el de Cristo.

En esta noche de paz y de alegría, que nuestro examen de conciencia nos lleve a vivir más que a hablar, a amar más que a defender, a abrir nuestro corazón a las angustias del mundo presente creyendo firmemente que todos somos hermanos y que lo único que podemos perder no son nuestros bienes materiales, sino la verdadera vida que se otorga a los que han sido fieles a la humildad del Pesebre y al mensaje del Infante de Belén.

MENSAJE DE NAVIDAD PAZ Y JUSTICIA

La Navidad llegó trayéndonos el eterno mensaje de Dios. Sobre la humanidad resuena el perenne canto de esperanza: "paz a los hombres de buena voluntad" (1).

El mundo se detiene un instante en su carrera, y atónito contempla en medio de él al "Dios que desciende de los collados eternos".

Lo que el hombre ambicionaba inútilmente, subir hasta la divinidad, se ha cumplido. Dios ha descendido para elevar y unir la humanidad con El.

Es inútil que pretenda alterarse el significado profundo de Navidad; Ella seguirá siendo el encuentro definitivo del hombre con Dios, el abrazo inconfundible entre lo humano y lo divino, "el admirable intercambio", que la liturgia canta,

(1) *Lc. 2, 14.*

“el Creador del género humano toma cuerpo animado y se digna nacer de una Virgen, y en cambio nos participa de su divinidad” (2).

Cristo, el Hombre-Dios es ese punto de encuentro de la humanidad que sube y de la divinidad que desciende. El que sabe en su carne frágil los dolores y angustia de la nuestra y El que con su omnipotencia puede y quiere plenamente remediarlos.

Y porque el Niño-Dios ha nacido, porque “el Príncipe de la Paz” (3) ha llegado, porque la larga expectación ha terminado y porque por el mundo entero “los cielos destilaron miel”, hay repiques de campanas en la noche cerrada, rondas de niños que cantan alborozados, sonrisas que deshacen el rictus amargo de los rostros cansados y palpitación de corazones en un gozo muy hondo y muy suave que nos hace sentir en el alma, la inefable presencia del Señor.

Y el Mensaje que hace dos mil años escucha el mundo sin acabar de comprender sigue resonando:

“Gloria a Dios en las alturas” (4), porque sólo reconociendo Su supremo dominio, adorándolo y sirviéndolo, encontrarán los hombres el sentido verdadero de su vida.

“Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”.

Porque la paz es “tranquilidad en el orden” (5) y el orden es fruto de la voluntad de hacer el bien.

La paz prometida en esa noche es “obra de la justicia”.

Justicia que es necesario implantar, no por la violencia, sino por la buena voluntad que a su vez es hija de la verdad.

Justicia que “da a cada uno lo que es suyo”. Justicia en el campo de las relaciones económicas, del trabajo, de la actividad social, del mundo internacional. Justicia para los oprimidos que beben en silencio las lágrimas amargas de tantas injusticias de la hora actual. Justicia que pide la Iglesia en nombre de Cristo para su porción predilecta: los obreros, los pobres, los humildes que soportan el duro fardo de un sistema económico y social que al perder el sentido cristiano se transforma en oprimente yugo.

Justicia en la organización de la paz mundial, que al no ser fundada sobre ella, traerá peores ruinas que las que pretende remediar.

Justicia de Cristo que está impregnada de amor.

En esa Noche de Navidad, los hombres por vez primera supieron la dulzura de llamarse hermanos.

Junto a la Cuna del Dios-Niño intuyó la humanidad la plegaria que poco después escucharía de esos mismos labios divinos enseñándonos a hablar al Padre *nuestro* que está en los cielos.

Ahí quedó establecida la base de la gran ley que más tarde promulga-

(2) Oficio de la fiesta de la Purificación de la Virgen María. 1ª Antífona de las primeras Vísperas.

(3) *Is.* 9, 6.

(4) *Lc.* 2, 14.

(5) San Agustín: *Ciudad de Dios*, 19, 13.

ría: "amaos los unos a los otros, como Yo os he amado" (6). "Permaneced en mi Amor" (7).

Esa paz de Dios "que supera a todo sentimiento" es la que de corazón deseo a todos los habitantes de esta Diócesis.

La Iglesia, cuya misión es continuar el mensaje de Navidad de unión en la justicia y el amor, eleva en esta fiesta su plegaria y por mi modesto intermedio desea en esta Diócesis a todos la alegría de la paz de Cristo en sus corazones.

(6) *Jn.* 13, 34.

(7) *Jn.* 15, 9.

EPIFANIA PASTORAL SOBRE LA FIESTA (I - 1952)

Amados fieles:

Desde hace bastantes años ha sido suprimida como fiesta de guardar la festividad de la Epifanía. Esto ha hecho que su celebración vaya cada día olvidándose más entre los fieles que dejan pasar desapercibido un misterio tan importante de nuestra fe.

No podemos, sino con vivo dolor constatar este hecho y sentimos al mismo tiempo ante él, la necesidad de reaccionar contra ese olvido.

El Misterio de la Epifanía es uno de los más augustos del año cristiano. Es la continuación del Misterio de Navidad. En los primeros siglos de la Iglesia se celebró con él el nacimiento del Señor.

El nombre de Epifanía significa "manifestación" y los Padres de la Iglesia han visto en ella la vocación de las naciones paganas a la fe.

La Epifanía es una de las cinco grandes solemnidades junto con Navidad, Pascua, Ascensión y Pentecostés sobre las cuales reposa todo el plan del Año Litúrgico.

Tres Misterios conmemora la Iglesia con esta festividad: la adoración de los Magos, el Bautismo de Cristo y su primer milagro en Caná de Galilea, pero la idea central es la manifestación a los gentiles en la persona de los Reyes de Oriente.

Aprovechando que este año la fiesta de la Epifanía coincide con el día Domingo queremos de una manera especial exhortar a los fieles a su devota celebración en el futuro.

Con este fin establecemos:

1. Los párrocos y rectores de iglesias instruyan todos los años previamente sobre la Fiesta de la Epifanía e inviten a celebrarla devotamente.
2. Exhórtese a los fieles que, aunque no sea ese día fiesta de guardar en Chile, es sumamente conveniente el asistir a la Santa Misa.
3. Los pesebres de Navidad consérvense hasta el 6 de enero.

Terminamos esta circular recordando la hermosa oración que la Iglesia nos hace rezar en Epifanía y que encierra no sólo el recuerdo del Misterio, sino la invitación a celebrar en los cielos la manifestación plena y eterna del Señor:

“Oh, Señor, que en este día por medio de una estrella condujiste a las naciones paganas al conocimiento de vuestro Unico Hijo, concédenos, que conociéndote ya por la fe, logremos llegar a la contemplación faz a faz de vuestra suprema majestad” (1).

(1) Oración Colecta de la Misa de Epifanía.

FIESTA DE LA EPIFANIA (1) (4 - I - 1954)

Amados fieles:

Desde hace bastantes años, ha sido suprimida como fiesta de guardar la festividad de la Epifanía. Esto a hecho que su celebración vaya cada día olvidándose más entre los fieles que dejan pasar inadvertido un misterio tan importante de nuestra fe.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.
Escrito muy semejante al anterior.

No podemos sino con vivo dolor constatar este hecho y sentimos al mismo tiempo ante él la necesidad de reaccionar contra ese olvido.

El Misterio de Epifanía significa "manifestación" y los Padres de la Iglesia han visto en ella la vocación de las naciones paganas a la fe.

La Epifanía es una de las cinco grandes solemnidades junto con Navidad, Pascua, Ascensión y Pentecostés sobre las cuales reposa el plan del Año Litúrgico.

Tres Misterios conmemora la Iglesia con esta festividad: la adoración de los Magos, el Bautismo de Cristo y su primer milagro en Caná de Galilea. Pero la idea central es la manifestación a los gentiles en la persona de los Reyes de Oriente.

Pedimos a los párrocos y rectores de iglesias, instruyan a todos los fieles previamente sobre la fiesta de la Epifanía, e inviten a celebrarla devotamente.

Exhórtese a los fieles que, aunque no sea ese día fiesta de guardar en Chile, es sumamente conveniente el asistir a la Santa Misa

Los pesebres de Navidad consérvense hasta el 6 de enero.

Terminamos esta circular, recordando la hermosa ocasión que la Iglesia nos hace rezar en Epifanía y que encierra no sólo el recuerdo del Misterio, sino la invitación a celebrar en los fieles la manifestación plena y eterna del Señor:

"Oh, Señor, que en este día por medio de una estrella condujiste a las naciones paganas al conocimiento de vuestro único Hijo, concédenos ya por la fe, lleguemos a la contemplación cara a cara de vuestra suprema majestad".